



Jornada Mundial de la Paz

“Vence la indiferencia y conquista la paz”

Enero 2016

La Creación: “casa común” para la Paz

Juan del Río Martín
Arzobispo Castrense de España



CARTA PASTORAL

LA CREACIÓN: “CASA COMÚN” PARA LA PAZ

JUAN DEL RÍO MARTÍN

ARZOBISPO CASTRENSE DE ESPAÑA

Índice General

Introducción: la paz depende del cuidado de la naturaleza.	5
--	----------

I. Fuerzas Armadas y Medio Ambiente.....	15
---	-----------

1. La guerra es una locura.	17
2. Ecología y conflictos bélicos.	21

II. El mundo en que vivimos.	27
--	-----------

1. La crisis ecológica.....	29
2. Es necesaria una respuesta ética.	35
3. La peculiaridad del planeta Tierra.	38

III. La fe en un Dios Creador.	43
--	-----------

1. ¿Por qué Dios crea el universo?	46
2. “Todo fue creado por él y para él” (Col 1,16).	50
3. La custodia de la naturaleza: el “poverello de Assisi”	55

IV. “¿Someted la tierra!”.....	63
---------------------------------------	-----------

1. Administradores, no dueños.....	67
2. El pecado quebrantó la armonía del cosmos.....	70
3. El bien común de la creación.	74
4. “Vence la indiferencia, conquista la paz”.	79

V. La conversión ecológica.....83

1. Contemplar, alabar, dar gracias.85
2. La templanza.91
3. La solidaridad.....94

Conclusión: no hay paz, sin una ecología integral.99

**Mensaje del Santo Padre Francisco para la
Celebración de la XLIX Jornada Mundial de la Paz 2016107**

INTRODUCCIÓN

LA PAZ DEPENDE DEL CUIDADO DE LA NATURALEZA



¿En qué mundo queremos vivir? ¿Qué legado queremos transmitir a las futuras generaciones? ¿Estamos dispuestos a un cambio de estilo de vida para salvar la naturaleza? ¿Se es consciente cómo los conflictos bélicos no solo aniquilan pueblos y personas, sino también deterioran altamente el medio ambiente presente y futuro? ¿Cómo compaginar la necesaria existencia de las Fuerzas Armadas con la protección de nuestro valioso patrimonio natural?

Estos interrogantes y otros semejantes, me sirven de introducción para esta carta pastoral escrita a propósito de la encíclica *Laudato sí* (24.5.2015) (LS) del Papa Francisco, donde plantea como la ecología no es una moda, sino que reclama un urgente imperativo moral. Porque cuando está en grave riesgo la vida sobre el planeta, la paz entre los hombres se encuentra amenazada. Su contenido ilumina el Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz, que este año tiene como lema *Vence la indiferencia y conquista la paz*: “Al vivir en una casa común, no podemos dejar de interrogarnos sobre su estado de salud, como he intentado hacer en la *Laudato sí*. La contaminación de las aguas y del aire, la explotación indiscriminada de los bosques, la destrucción del ambiente, son a menudo fruto de la indiferencia del hombre respecto a los demás, porque todo está relacionado”¹.

¹ Francisco, *Mensaje para Jornada Mundial de la Paz*, (1 de enero de 2016) 3.

El actual Pontífice ha querido despertar la conciencia de creyentes y no creyentes ante un problema: *el ecológico*, que nos afecta a todos, y por lo tanto al futuro pacífico de la humanidad que: “está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse y también en manos que riegan con humildad y convicción este proceso de cambio”².

En estos meses transcurrido desde su publicación, ha habido diversos discursos y actos que avalan la importancia y urgencia del tema planteado, influyendo de esta manera, en el debate internacional que esta teniendo lugar en la sociedad civil. Así, se tuvo la Jornada Mundial de oración por el cuidado de la creación, del pasado 1 de septiembre. Días más tarde, el Obispo de Roma, en la Asamblea de las Naciones Unidas, el 25 de septiembre, afirmó elocuentemente la existencia de un verdadero derecho del ambiente: “El clima es un bien común, de todos y para todos; [...] el cambio climático es un problema global con graves dimensiones ambientales, sociales, económicas, distributivas y políticas, y plantea uno de los principales desafíos actuales para la humanidad” (*LS* 23-25) cuya respuesta “debe incorporar una perspectiva social que tenga en cuenta los derechos fundamentales de los más postergados” (*LS* 93). Las consecuencias del abuso y la destrucción del ambiente, al mismo tiempo, va acompañado por un imparable proceso de exclusión, debido a que suele afectar, con mucho más rigor, a los pobres de las zonas rurales que dependen, muy directamente, de los servicios de los ecosistemas locales para mantener sus medios de subsistencia, y suelen tener mínimas posibilidades de

² Francisco, *II Encuentro Mundial de los Movimientos Populares*, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 7-9 de julio de 2015.

acceder o sufragar el costo de los sucedáneos, cuando los ecosistemas se degradan³.

El 26 de octubre fue firmado formalmente un llamamiento de la Iglesia católica de los cinco continentes en el que se denomina al mundo: “nuestra casa común”; en el que se habla de su custodia; y de cómo el deterioro de la Creación, conlleva a la degradación humana y social. Por ende, se hace un requerimiento a que se adopte un enfoque ecológico completo, para que la justicia social se sitúe en el centro de las preocupaciones medioambientales: “para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (*LS* 49).

Estas mismas preocupaciones las encontramos en el interesante discurso pronunciado con motivo de la visita del Santo Padre a la Oficina de las Naciones Unidas en Nairobi donde, refiriéndose a la Cumbre del Clima (COP-21) en París, a celebrar del 30 de noviembre al 11 de diciembre del presente año, expresó taxativamente: “Sería triste y me atrevo a decir, hasta catastrófico, que los intereses particulares prevalezcan sobre el bien común y lleven a manipular la información para proteger sus propios proyectos”. Digamos, que esta Reunión de 195 países en la ciudad del Sena es, en palabras del presidente del país anfitrión: “como la última oportunidad de salvar el planeta”. Parece que del acuerdo alcanzado debe surgir un nuevo modelo de política energética, de política agroalimentaria y forestal que poco a poco incurrirá en el estilo de vida futuro.

El Obispo actual de Roma es consciente de que, ante el problema del Cambio Climático, se dan posturas contrapuestas. Se

³ J. R. Amor, “Biodiversidad y compromiso cristiano con el medio ambiente”: *Pliego Vida Nueva*, nº 2.708, Madrid, 22-28.5.2010.

encuentra *los negacionistas*, que se resisten aceptar los fenómenos que evidencian la depreciación del planeta tierra. Estos hipervaloran el CO₂ como “gas de vida”, y que se permiten recomendar que sigamos quemando, indefinidamente, combustibles fósiles. En el otro extremo, están aquellos que piensan que cualquier medida que pueda tomarse de cara al futuro, será demasiado poco y demasiado tarde, una idea que se simboliza en la expresión *TL2*.

Para que el planeta azul pueda ser verdadero hábitat hospitalario para todos, es evidente que debemos apostar por un cambio del estilo de vida que supere el consumismo dominante y la arbitrariedad en el uso del patrimonio de los bienes terrenales y de la misma vida⁴. Además ese modo de vivir conlleva grandes problemas: “sobre todo cuando sólo unos pocos puedan sostenerlo, sólo podrá provocar violencia y destrucción recíproca. Sin embargo, no todo está perdido, porque los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, también puede sobreponerse, volver a optar por el bien y regenerarse, más allá de todos los condicionamientos mentales y sociales que les impongan” (*LS* 204-205).

Por eso mismo, el objeto principal de nuestra exposición es demostrar que esa necesaria transformación de vida y costumbres, solo puede darse si tenemos asumida una antropología completa en sus dimensiones y armoniosa con la naturaleza. Ya que la ecología, aun conservando su peculiaridad científica, ha dejado de ser una disciplina particular y sectorial para convertirse en problemática universal, totalizadora e interdisciplinar que rebasa el marco de lo puramente

⁴ Cfr. R. Tamames, “La cumbre del clima de París”: *La Tercera*, ABC, Madrid, 30.11.2015.

científico para presentarse como una filosofía de vida⁵. De ahí, que la preocupación por el medio ambiente no es un esnobismo, no es una cuestión romántica, estética o simplemente supererogatoria. Es, más bien, un urgente imperativo moral.

Las inquietudes de Francisco por el deterioro de la naturaleza, tiene sus antecedentes pontificios, primero en san Juan Pablo II que marcó el camino a seguir al pedir ya en el 2001 *una conversión ecológica* para evitar la catástrofe hacia la que se encamina el hombre. Luego, vendrá Benedicto XVI, que hizo multitud de llamamientos *verdes*. Sin embargo, todavía se percibía como algo lejano o como el problema de unos pocos o de determinada ideología política. Es más, para algunos, resulta desconcertante que la Iglesia se pronuncie sobre cuestiones que sería más propio de científicos, economistas y políticos. Estos tales ignoran u olvidan el preceptivo ético ineludible que encierra el tema ecológico, porque la cuestión del medio ambiente debe ser tratada en relación con la presencia del ser humano en la tierra y el uso de los recursos que Dios nos brindó a todos.

Cada día resulta más positiva las aportaciones de las grandes tradiciones religiosas en los foros internacionales sobre el desarrollo sostenible, el problema del agua, el cambio climático etc. ... A lo largo del 2015 hemos sido testigos de un gran ejercicio de teología pública, ecuménica e interreligiosa que esta poniendo de manifiesto la urgencia y gravedad de los retos que la humanidad tiene de proteger y cuidar la naturaleza, porque en ella nos jugamos nuestro futuro, de modo que

⁵ Cfr. J. A. Merino, “San Francisco de Asís y la Ecología. En el Año Internacional del Planeta Tierra”: *Pliego de Vida Nueva*, nº 2637, Madrid, 22-28.11.2008.

para superar esos desafíos necesitamos movilizar el mayor número de actores posible.

La conciencia ecológica esta presente en la cultura judeo-cristina desde hace milenios, pero es necesario en estos tiempos despertarla de su adormecimiento: “... la crisis ecológica es una llamada a una profunda conversión interior. Pero también tenemos que reconocer que algunos cristianos comprometidos y orantes, bajo una excusa de realismo y pragmatismo, suelen burlarse de las preocupaciones por el medio ambiente. Otros son indiferentes, no se deciden a cambiar sus hábitos y se vuelven incoherentes... Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana” (LS 217)

A esta llamada del Papa, le sucedió la importante Declaración Islámica sobre el Cambio Climático firmada en Estambul el pasado 18 de agosto por un nutrido grupo de académicos y líderes musulmanes. La comunidad judía y las distintas Iglesias ortodoxas se han pronunciado también al respecto tratando de movilizar a sus respectivas confesiones. El Dalai Lama, líder moral del budismo, ha planteado igualmente la amenaza del cambio climático como un reto espiritual⁶.

Si queremos vivir esta conversión es necesario, en primer lugar, que tomemos conciencia de las dificultades ecológicas que estamos viviendo y de sus causas. Que permanezcamos en una disposición positiva de ver cómo la tierra es el lugar que Dios ha

⁶ Cfr. J. Tatay, “Un nuevo clima religioso”: *Alfa y Omega*, Madrid 26.11.2015, p.24.

querido para entrar en diálogo con el hombre y para que éste participe, en Cristo, de la comunión con Dios. Sólo desde aquí podemos comprender la necesidad de una ética ecológica que construya un mundo más justo, y la creación sea morada de paz entre los hombres: “Para que un proyecto humano –en este caso la salvaguarda y la integridad de la creación- se desarrolle y tenga éxito, no basta que esté guiado por una voluntad política, ecológica, económica o incluso moral. Es preciso que, *río arriba*, esté fundamentado en el plano filosófico y metafísico; para nosotros en el plano *teológico*”⁷.

⁷ A. Gesché, *El cosmos. Dios para pensar IV*, (Salamanca 2010) 80-81.

CAPÍTULO I

**FUERZAS ARMADAS Y
MEDIO AMBIENTE**



Es lógico que tratándose de un escrito dirigido especialmente a nuestros diocesanos castrenses, antes de abordar el aspecto antropológico-cristiano de la ecología, eje de nuestra explicación, pongamos de manifiesto algunas consideraciones sobre los conflictos armados y su relación con la naturaleza⁸.

1. La guerra es una locura.

De entre todas las actividades humanas, la guerra es un suceso habitual, casi constante, cuyo impacto sobre los ecosistemas es devastador⁹. En las últimas dos décadas se han registrado más de 122 conflictos armados en todo el planeta y 163 de los 195 países del mundo mantienen fuerzas armadas regulares. Tan sólo los preparativos bélicos requieren hasta 15 millones de km² de tierras. Supone un 6% aproximadamente del consumo total de materias primas y generan hasta un 10% del total de las emisiones de dióxidos de

⁸ “La guerra ha sido desde el principio la misión principal de los ejércitos...Desde la segunda guerra mundial los estados ya no declaran la guerra, pero ejercen la violencia para dirimir sus diferencias y por ello hoy no se habla de guerra sino de conflicto armado como desenlace, no deseado, de la gestión de una crisis...es un complejo de factores, diversos e interrelacionados, y no solamente militares”: R. Gómez, *Ética y profesión militar. Material para la formación castrense*, (Arzobispado Castrense de España, Madrid, 2013) 119.

⁹ Cfr. Francisco, *Homilía*, Monumento Militar de Redipuglia (Italia) 13.9.2014.

carbono al año a nivel global¹⁰. Aunque estos datos puedan oscilar según las fuentes utilizadas, sirvan de mera referencia de cómo las guerras causan importantes cambios ecológicos de largo alcance que no son objeto de esta carta. Únicamente queremos constatar la realidad inexorable de los enfrentamientos bélicos y, por otra parte, la existencia de unas Fuerzas Armadas necesarias para mantener la defensa, la integridad y la independencia nacional, lo cual no está reñido con el deseo y el compromiso de ser constructores de la paz¹¹.

A pesar de los anhelos, que se da en el corazón del hombre, acerca de la concordia y el entendimiento entre las naciones y los habitantes de una misma sociedad, también hemos de contar, para no caer en el *buenismo*, de la existencia del mal y de la ambición humana que destruye: personas, naturaleza y pueblos¹². Todo ciudadano y gobernante está obligado a empeñarse en evitar la guerra¹³. Aunque eso no invalida el principio sobre la legítima defensa de las personas

¹⁰ Datos tomados de la síntesis del artículo de los autores G.E. Machalis; T. Hanson, *Sobre la ecología de los conflictos armados*, traducción de Leandro Nagore de Sousa (www.fuhem.es).

¹¹ Cfr. Benedicto XVI, *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz*, (1 enero 2006).

¹² Francisco, *Discurso a los participantes del IV Curso de Formación de Capellanes Castrenses en Derecho Internacional Comunitario*, Roma 26.10.2015: “Y es que la guerra desfigura los vínculos entre hermanos, entre naciones; desfigura también a quienes son testigos de semejantes atrocidades. Muchos militares regresan, tras las operaciones bélicas o las misiones para el restablecimiento de la paz, con auténticas heridas internas. La guerra puede dejar en ellos una marca imborrable. En realidad, la guerra deja siempre una marca imborrable. En los últimos tiempos, he escuchado los relatos de muchos obispos, que reciben en sus diócesis a los soldados que habían ido a la guerra: cómo vuelven con esas heridas”.

¹³ “Salvo en determinadas situaciones límite, como una injusta invasión o guerra ofensiva, la opinión pública, incluida la de los militares, está en principio a favor de la paz, porque la paz es, en cierto modo, el principal bien social”: R. Gómez, *op. cit.*, 139.

y de los pueblos¹⁴, son muy reveladoras las palabras de Francisco a los periodistas en el vuelo de regreso de Turquía: “Estoy convencido de que estamos viviendo una Tercera Guerra Mundial en fragmentos, en capítulos, por doquier. Detrás de esto hay enemistades, problemas políticos, problemas económicos, para salvar este sistema en el que el dios dinero y no la persona humana es el centro. Y detrás también hay intereses comerciales: el tráfico de armas es terrible, es uno de los negocios más fuertes en estos momentos... Sobre la bomba atómica, la humanidad no ha aprendido. Dios nos ha dado la Creación para que de esta incultura hiciéramos cultura. El hombre la hizo y llegó a la energía nuclear, que puede servir a muchas cosas buenas, pero la ha utilizado para destruir a la humanidad. Esa cultura se convierte en una segunda incultura: yo no quiero hablar del fin del mundo, pero es una cultura que llamo ‘terminal’; después habrá que comenzar de nuevo, como hicieron las ciudades de Nagasaki e Hiroshima” (30.11.2014).

Igualmente, la carrera de armamentos no asegura la paz, no elimina las causas de la guerra, sino que corre el riesgo de agravarlas, perjudicando hondamente el bien común de las naciones y de la comunidad internacional. También las injusticias, las desigualdades sociales y económicas, así como una mentalidad que cultive el odio, la desconfianza y el orgullo, contribuyen a crear violencias y conflictos entre las naciones y comprometen el orden jurídico internacional. Por ello mismo, san Juan Pablo II decía varios años antes de la caída del muro de Berlín: “la paz exige la conciencia de una responsabilidad común y de una colaboración solidaria cada vez más amplia, a nivel regional, continental, de todo el mundo, más allá

¹⁴ Cfr. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 79; *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2309.

de los bloques o egoísmo colectivos. En fin, la paz se ha de apoyar sobre todo en la justicia y el respeto de los derechos del hombre que se impone a todo”¹⁵.

En este panorama actual, denominado: “Tercera Guerra Mundial por entregas”, ¿cómo contribuye el Capellán castrense a la paz y a la cura de las heridas de aquellos soldados que han sido testigos de crímenes tan atroces?¹⁶ El Papa Francisco ha descrito muy bien su acción pastoral, espiritual y humana: “Estas personas y sus familiares requieren una atención pastoral específica, un desvelo que les permita percibir la cercanía maternal de la Iglesia. La función del Capellán castrense consiste en acompañarlos y apoyarlos en su camino, siendo para todos una presencia consoladora y fraterna. Vosotros podéis derramar sobre las heridas de estas personas el bálsamo de la Palabra de Dios, que alivia los dolores e infunde esperanza; y podéis ofrecerles la gracia de la Eucaristía y de la Reconciliación, que alimenta y regenera el alma afligida....(y *continúa el Papa más adelante*). Los Capellanes deben orar. Sin oración no podemos hacer todo lo que la humanidad, la Iglesia y Dios nos piden en este momento histórico”¹⁷. Este “ministerio entre armas” exige un plus de humanidad para vivir “en las periferias” (*Francisco*). En el caso del sacerdote castrense, no siempre tiene que buscarlas, sino que aparecen dadas por las características de su pastoral específica, por las complejas situaciones

¹⁵ Juan Pablo II, *Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede*, (11 enero 1986).

¹⁶ Cfr. Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, Congregación para los Obispos, *El Derecho Humanitario y los Capellanes Militares. Curso Internacional de Formación en Derecho Humanitario para Capellanes Militares Católicos*, Roma 25-26.3.2003.

¹⁷ Francisco, *Discurso a los participantes del IV Curso de Formación de Capellanes Castrenses en Derecho Internacional Comunitario*, Roma 26.10.2015.

militares que se viven, y por los diversos escenarios de peligros: ya sean nacionales o internacionales, en tiempos de paz o bélicos. Su *autoritas* le viene por su clara identidad sacerdotal, como hombre de Dios, que en cualquier momento ha de ser un *buen samaritano* para todos. Porque como dijese el actual Obispo de Roma en el discurso arriba mencionado: “vuestra misión de acompañamiento espiritual a los miembros de las Fuerzas Armadas y a sus familiares puede contribuir a prevenir las violaciones del Derecho Humanitario, reduciendo el dolor y los sufrimientos que la guerra provoca, desde luego en quién la sufre, pero también quién combate en ella...estáis llamados a alimentar en los militares y en sus familias la dimensión espiritual y ética, para que los ayude a afrontar las dificultades y los interrogantes, con frecuencia desgarradores, inherentes a ese peculiar servicio a la patria y a la humanidad” (26.10.2015).

2. Ecología y conflictos bélicos.

Después de 1916, se puede hablar de que existen distintas categorías de guerra moderna. Su relevancia en cuanto a la ecología de los conflictos armados reside en la frecuencia, escala y problemática que producen sus impactos en el medio ambiente, que varían según las distintas modalidades de la guerra. En la actualidad, los estrategas militares consideran al cambio climático como un “multiplicador de riesgo” que afecta a la seguridad nacional, y sostienen que la rehabilitación de los servicios de los ecosistemas resulta fundamental para el restablecimiento de la paz.

Las colisiones de cualquier guerra son extremadamente destructivas. Las tres fases de que se compone un conflicto armado (preparativos, acciones violentas y actividades posguerra) tienen sus consecuencias humanas y naturales. De ahí, que la investigación medioambiental con respecto a los conflictos armados necesariamente ha de contar con medios especializados y financieros. Esencialmente ha de ser interdisciplinar, integrando positivamente los sistemas tanto los biofísicos, socioeconómicos, como humanísticos-morales. Además, requiere unos principios teóricos libres de prejuicios ideológicos, y una metodología que pueda documentar, analizar y clasificar de forma eficaz los efectos distintivos de cualquier confrontación bélica. Como dice el Concilio Vaticano II: “Todo esto nos obliga a hacer un examen de la guerra con mentalidad totalmente nueva. Sepan los hombres de hoy que habrán de dar muy seria cuenta de acciones bélicas. Pues de sus determinaciones presentes dependerá en gran parte el curso de los tiempos venideros” (*GS* 80)¹⁸.

A pesar de este ambiente sombrío que el Papa, en ocasiones, llama “cultura terminal”, también crece la concienciación en la población, en los gobiernos y en sus Fuerzas Armadas acerca de la conservación y mejora del medio ambiente. Su desarrollo y avance tiene sus implicaciones políticas. Los resultados vinculados a dichas políticas tiene gran relevancia para los Estados tradicionales, que cuentan con unas Fuerzas Armadas organizadas. Sin embargo, en los Estados fallidos, grupos insurgentes no estatales o para estatales y en

¹⁸ Francisco hace suya y actualiza esta enseñanza conciliar cuando dice: “Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien, sobre todo si se considera el como lo está haciendo... hoy la guerra posee un instrumental cada vez más mortífero. ¿En manos de quiénes está y puede llegar a estar tanto poder? Es tremendamente riesgoso que resida en una pequeña parte de la humanidad” (*LS* 104).

las organizaciones terroristas hay una gran degradación de la naturaleza, un desprecio hacia el patrimonio cultural y una ausencia de políticas conservacionistas del medio ambiente.

En el caso español, ya encontramos a finales del siglo XIX una preocupación por la protección de nuestro valioso patrimonio natural (RD 18.2.1891). Ciento veinticinco años después, militares, guardias civiles y policías, siguen esforzándose por hacer compatibles las actuaciones de su personal y de los sistemas de armas con la defensa del medio natural o urbano en que se desenvuelven. De esta manera, van desbancando las falsas ideas de que son incompatibles las actividades (instrucción, maniobras, ejercicios etc) de los Ejércitos con el respeto a la conservación de la naturaleza.

Dos ejemplos institucionales claros de esta preocupación por la conservación y mejora del medio ambiente: SEPRONA (Servicio de Protección de la Naturaleza) por Orden General nº 72 del 21 de junio de 1988 se crea este Servicio encomendado a la Guardia Civil como respuesta constitucional de garantizar el derecho de los ciudadanos a disfrutar de un medio ambiente adecuado así como el deber de conservarlo. También mantener los recursos hidráulicos, la riqueza cinegética, piscícola, forestal y cualquier otro patrimonio relacionado con la naturaleza. Diferente es la creación de la UME (Unidad Militar de Emergencias) por acuerdo del Consejo de Ministros de 7 de octubre de 2005. Es una Unidad intermilitar, aunque el 89 % de sus efectivos procede del Ejército de Tierra. Tiene como misión operar en la geografía española, para contribuir a la seguridad y bienestar de sus ciudadanos, en los supuestos de grave riesgos, catástrofes naturales, calamidades o nuevas necesidades públicas, junto con las instituciones del Estado y las Administraciones Públicas.

Además, podíamos señalar distintas actuaciones de las Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad del Estado, fuera de nuestro territorio nacional como por ejemplo: las catástrofes de Haití, Nepal y tantas otras.

A todo ello, hay que añadir el paradigma que supone las 150.000 hectáreas de que se dispone para campos de tiro y de maniobras repartidos en la geografía española, muchos de estos son enclaves privilegiados para la supervivencia de variedades de especies animales, de la masa vegetal autóctona y de paisajes bien conservados, siempre respetados y en ocasiones potenciados. Por paradójico que parezca, la condición militar de un paisaje se convierte así en una excelente oportunidad para la vida natural. Ello es demostración que: “allí donde existían un campo de tiro, un campo de maniobras o una guarnición militar no se han construido autopistas, ni urbanizaciones, ni polígonos industriales, ni centros comerciales, y consecuentemente, el paisaje natural se ha conservado prácticamente inalterado”¹⁹. Esto no quiere decir que, en ocasiones, no se produzcan impactos no deseados sobre el entorno, pero estos no son más agresivos de lo que pueden ser diferentes actividades humanas en tiempo de paz. Para minimizar sus efectos, hay todas unas medidas preventivas y correctivas dadas por las autoridades competentes.

Estas simples referencias, revelan como en la mentalidad de los militares, guardias civiles y policías, está muy asumido que el cuidado de nuestra naturaleza es, sin duda, una de las mejores formas de defender a España. Igualmente, cuidar del planeta Tierra es una

¹⁹ Como afirmo Carlos Martínez, presidente del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), durante la presentación, en el Real Jardín Botánico, de la obra: AA.VV., *Espacios naturales del Ministerio de Defensa*, Madrid 2007.

magnífica forma de velar por la seguridad internacional y asentar un clima de cooperación y respeto entre las naciones. Máxime si tenemos en cuenta que el deseo de todos los seres humanos, es que podamos disfrutar de una vida sana. Pero ello, es imposible, sin la protección del entorno, que asegura la continuidad de la vida en general. Las Fuerzas Armadas, así como las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, están cada día más empeñadas en la conservación del medio ambiente y en la defensa de las fuentes de la vida²⁰.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando la raíz de la actual crisis ecológica está en el propio hombre? No habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano: “No hay ecología sin una adecuada antropología... la crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad, no podemos pretender sanar nuestras relaciones con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano” (LS 118-119). Según la opinión del prestigioso economista y académico Juan Velarde Fuerte, la postura de Francisco con su encíclica *Laudato si*, lo sitúa al lado de los mayores economistas del momento, “concretamente, lo que sostiene el reciente Premio Nobel de Economía, Angus Deaton y su AIDS”²¹.

²⁰ *Revista Española de Defensa* 226, (enero 2007) 7.

²¹ Juan Velarde Fuertes, *La doctrina social de la Iglesia*, ABC- Economía, Madrid 3.11.2015. p.40.

CAPITULO II

EL MUNDO EN EL QUE VIVIMOS



Desde que el hombre habita la Tierra ha intervenido, de un modo u otro, en ella. Esto ha provocado cambios en el ecosistema, unos necesarios e imprescindibles para la supervivencia del ser humano. En cambio, otros han dado lugar a un progresivo deterioro de la naturaleza, especialmente a partir de la revolución industrial, lo que ha conllevado una serie de consecuencias desastrosas para el medio ambiente y, por tanto, para el hombre.

1. La crisis ecológica

En los últimos veinticinco años, la toma de conciencia de la crisis ecológica y de su gravedad ha salido del pequeño círculo de grupos minoritarios para extenderse a la generalidad de la población. No deberíamos perder la confianza en la capacidad de superación que encierra el alma humana, como nos invita el Papa: “en la perspectiva del nuevo año, a renovar la exhortación a no perder la esperanza en la capacidad del hombre a superar el mal, con la gracia de Dios, y a no caer en la resignación y en la indiferencia”²².

Es cierto que algunas predicciones, como las publicadas por el club de Roma en *Los límites del crecimiento* de 1972 y sus sucesivas

²² Francisco, *Mensaje para Jornada Mundial de la Paz*, (1 de enero de 2016) 2.

ediciones; las que anunciaban la desaparición entre medio millón y un millón de especies del planeta antes del año 2000; o las que pronosticaban que algunos países tendrían comprometida su subsistencia por la carencia de agua, no se han cumplido²³. Sin embargo, eso no significa que no haya señales que nos indiquen que algo, en nuestro planeta, está cambiando y no para bien²⁴.

La intervención del hombre ha provocado que los ciclos y los cambios naturales que se producen en la Tierra, se aceleren dando lugar a la crisis ecológica que estamos viviendo. ¿Cuáles son estos cambios? Estos son muy variadas y, no siempre, están exentos de debate. Sin embargo, hay una cierta unanimidad al considerar una serie de factores que, directa o indirectamente, están provocando el deterioro del medio ambiente, como son la contaminación; el aumento de la población; el cambio climático y la destrucción de la capa de ozono; la lluvia ácida; la deforestación y la desertización²⁵.

No podemos olvidar, que la preocupación medio ambiental nace con la revolución industrial, cuando la creación de fábricas y la necesidad de crear energía dio lugar al uso de determinados combustibles. Más en concreto, fue el uso del carbón lo que dio origen a una primera contaminación que, poco a poco, acabó afectando a las ciudades y que se fue convirtiendo en un problema a nivel mundial, tanto en los países ricos como en los pobres.

²³ Cfr. E. Chuvienco-M^a. A. Martín, *Cuidar la tierra. Razones para conservar la naturaleza*, (Madrid, 2015) 32-34.

²⁴ Cfr. M. Delibes-M. Delibes de Castro, *La Tierra herida. ¿Qué mundo heredarán nuestros hijos?*, (Barcelona, 2011) 12-13.

²⁵ Cfr. J. L. Ruiz de la Peña, *Teología de la creación*, (Santander, ⁶1988) 182-186.

Las consecuencias de la contaminación se hicieron notar pronto, primero en la atmósfera debido a los combustibles fósiles y el crecimiento de las ciudades, lo que conllevaba la producción de residuos y el frecuente uso de los coches. Después ha afectado al agua a consecuencia de los deshechos que se producen en los hogares y los residuos industriales. Y, por último, la contaminación afecta al suelo por las sustancias tóxicas provocadas por el uso de pesticidas en la agricultura, por el uso de determinados productos en las explotaciones ganaderas, o por los vertidos industriales y urbanos²⁶.

El segundo fenómeno que tiene su origen en la revolución industrial fue el crecimiento de la población. Sabemos que, en el siglo XVII la población era de 500 millones y su crecimiento del 0,3%. Según estos datos, la población hubiera tardado 233 años en duplicarse. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. A partir del siglo XIX aumentó progresivamente el índice de supervivencia, hasta llegar a una población de 1.600 millones en 1900. Sin embargo, fue con el desarrollo de la medicina y los descubrimientos científicos del siglo pasado, lo que han hecho que la mortalidad descendiera notablemente y, en consecuencia, aumentara progresivamente el número de habitantes.

Así, por ejemplo, en 1970 la población ya se había duplicado respecto a la de inicio de siglo y los índices de crecimientos mostraban que, en sólo 33 años, se volvería a duplicar. Es cierto que, a partir de 1990, en los países desarrollados comienza a descender el número de nacimientos; pero también aumenta la calidad de vida y la edad de fallecimiento. Al mismo tiempo, en países de Asia, como China y la

²⁶ Cfr. P. Martínez de Anguita, *La tierra prometida. Una respuesta a la cuestión ecológica*, (Pamplona, 2002) 96-105.

India, lo mismo que en países de África, la población sigue aumentando. Todo esto, evidentemente, exige recurrir a los medios que ofrece la naturaleza y a generar más energía para la producción de medios de supervivencia y, en consecuencia, se contamina más²⁷.

En cuanto al cambio climático, es razonable pensar que el clima haya cambiado a lo largo del tiempo. Ahora bien, hay datos que parecen indicar que los llamados *gases invernadero*, que se están emitiendo a la atmósfera están provocando, a corto plazo, el cambio climático que debería tardar muchos años en producirse de forma natural. Si bien es cierto que hay un innegable escepticismo en torno a este problema, sin embargo, los datos aportados por los informes de la Organización Meteorológica Mundial y el Grupo Intergubernamental de Expertos para el cambio climático de la ONU, han constatado que las causas probables, aunque no seguras, de esto es el factor humano²⁸.

Sin embargo, todo esto ha provocado un debate, en los últimos años, que se centra en las variaciones de temperatura y si ésta era significativa o no. Los escépticos afirmaban que no lo eran, por tanto esos cambios se podían deber al azar, a errores de medición, u otros factores de la propia naturaleza. Hoy, en cambio, cada vez son menos los que niegan que se esté produciendo un calentamiento global, ya que, a la variación de la temperatura, se unen otros factores que avisan de este cambio.

El debate entonces se ha desviado hacia las causas de este calentamiento que, principalmente, pueden ser dos: los agentes

²⁷ Cfr. F. Tapia-M. Toharia, *Medio ambiente: ¿alerta verde?*, (Madrid, 1995) 13-16.

²⁸ Cfr. M. Delibes-M. Delibes de Castro, *op. cit.*, 47-53.

naturales y la acción del hombre. Respecto a los primeros son factores poco relevantes por lo que no explican los cambios que se están produciendo. Los datos indican que es la actividad del hombre la causante de este cambio climático.

Y este proceso tiene secuelas que afectan no sólo a la ecología sino también a la economía mundial. Por ejemplo, el aumento de temperatura afecta al nivel del mar y al tamaño de los glaciares y esto, en consecuencia, a los recursos hídricos para la agricultura y el consumo humano. También provoca la aparición de anomalías climáticas como las olas de calor y las inundaciones, con las consiguientes repercusiones sobre la agricultura. Y afecta la mayor concentración de CO₂ en la atmósfera, porque los océanos absorben más carbono y aumenta su acidez, afectando a la cadena alimentaria marina.

Con la intención de mitigar los efectos del cambio climático se presentó, en 1997, el protocolo de Kioto. Tenía como objetivo la reducción de emisiones en los países industrializados. Sin embargo, además del incumplimiento de este protocolo, lo que se propuso en la ciudad japonesa sólo buscaba remediar los efectos, pero no las causas²⁹.

Junto al calentamiento global del planeta está el agujero de la capa de ozono. No podemos olvidar que la Tierra es un invernadero natural protegido por las capas atmosféricas, lo que permite que haya una temperatura media de 15°C, necesaria para la vida. La capa de ozono evita la entrada de las radiaciones ultravioleta del sol y, por

²⁹ Cfr. J. L. Comellas, *Historia de los cambios climáticos*, (Madrid, 2011) 39-59.

tanto, actúa como protector natural de los seres vivos. Al producirse, por la emisión de determinados gases, la destrucción de la capa de ozono, las consecuencias para la naturaleza en general y para el hombre en particular son importantes: aumento del cáncer de piel y de enfermedades inmunitarias, disminución de la producción vegetal...³⁰.

Al mismo tiempo, consecuencia de la emisión de gases a la atmósfera y la contaminación que esto provoca, es la lluvia ácida que da lugar a que, a través de la misma lluvia y de la nieve, se depositen en el suelo ácidos que dan lugar al deterioro de los bosques. “El efecto indirecto causado por esta lluvia es el facilitar la asimilación de metales del suelo a las plantas, especialmente el aluminio, provocando la pérdida de vitalidad en los árboles y plantas, lo que les hace especialmente sensibles a las plagas”³¹.

Esto conlleva el deterioro de los bosques, aunque éste no es el único problema que sufren estos ecosistemas. También la deforestación está provocando la destrucción del medio ambiente, ya que, entre otras cosas, esta dando lugar a una progresiva disminución de la biodiversidad, al desaparecer los hábitats donde viven las distintas especies de animales, con lo que esto conlleva para la calidad de vida medioambiental, como nos advierte el Papa Francisco: “Si tenemos en cuenta que el ser humano también es una criatura de este mundo, que tiene derecho a vivir y a ser feliz, y que además tiene una dignidad especialísima, no podemos dejar de considerar los efectos de la degradación ambiental, del actual modelo de desarrollo y de la cultura del descarte en la vida de las personas”(LS 43).

³⁰ Cfr. P. Martínez de Anguita, *op. cit.*, 70-74.

³¹ *Ibid.*, 84.

2. Es necesaria una respuesta ética

Ante la situación que estamos viviendo y el progresivo deterioro del medio ambiente, ¿es suficiente una legislación medio ambiental? o, más bien, ¿no serían necesarias unas normas éticas que nos señalen la bondad o maldad de nuestra intervención en la naturaleza? Y si es necesaria una ética ecológica, ¿ésta debe tener sentido trascendente o no? Parece que las leyes no siempre han dado el resultado esperado o no han sido suficientes, ya que los hechos han demostrado que, con frecuencia, esas leyes o son burladas o incumplidas.

Ahora bien, las respuestas a los problemas medio ambientales y a los que afectan a la conservación de la naturaleza, dependen de los valores humanos, éticos y religiosos que defendamos. Esto hace que las razones que se aducen para una defensa del medio ambiente sean plurales. Hay quienes consideran que la naturaleza es fuente de recursos para el hombre, por tanto, preservar el medio ambiente es defender al hombre. Otros, en cambio, están convencidos de que todos los seres vivos, independientemente de su especie, tienen valor en sí mismo.

Estas posturas son las defendidas, por una parte, por el antropocentrismo absoluto y, por otra, por el biocentrismo. El primero parte de una concepción utilitaria de la naturaleza, ya que considera que ésta es sólo un medio que está puesto al servicio del hombre. Las consecuencias de este pensamiento son evidentes. La ética sólo afecta a los actos humanos, porque sólo el hombre es sujeto de derechos y deberes. Detrás de esta postura está el materialismo, pero también el positivismo que defiende una fe ciega en la capacidad del hombre para

encontrar soluciones técnicas a los problemas que le afectan; el economicismo que considera la naturaleza sólo y exclusivamente como fuente de productos para el consumo humano; y un cierto maniqueísmo que lleva a dar valor absoluto al espíritu en contraposición a la materia³².

Por el contrario, el biocentrismo defiende que todos los seres vivos tienen un valor intrínseco. Los seres no humanos tienen un papel importante en el equilibrio ecológico; son sujetos, lo mismo que los seres humanos, de derechos y deberes, por tanto de consideración moral. En consecuencia, los hombres no están por encima de los demás seres vivos ni tiene más derechos, sino que están en plano de igualdad. Una de las mayores consecuencias del biocentrismo es la defensa del control de natalidad, pues el aumento de población humana es contrario a la calidad de vida y al equilibrio entre las especies³³.

En resumen, mientras que el antropocentrismo niega el sentido trascendente del hombre y de la creación; las corrientes biocéntricas afirmarían que el hombre es “algo” y no “alguien”. Sin embargo, entre ambas posturas extremas, existe una gran variedad de motivaciones que han llevado a una defensa ética del medio ambiente. Unas hacen referencia a valores económicos, otras al bienestar, o a motivos religiosos (Cf. *LS* 115-119).

Si se considera que la naturaleza es una especie de supermercado de materias primas, donde cada uno coge lo que

³² Cfr. E. Chuvieco-M^a. A. Martín, *op. cit.*, 92-97.

³³ Cfr. M. Burgui Burgui, *Ética medioambiental: responsabilidad y derechos*, (España, 2011), 30-38.

necesita, sólo las leyes podrían regular el deterioro medio ambiental. Esta visión también ha llevado a buscar salidas económicas viables al cuidado de la naturaleza. Así, tenemos países que promocionan el ecoturismo; otros que fomentan las energías renovables como medios para generar empleo e implantar innovaciones tecnológicas; y hay quienes pretenden que los servicios ambientales generen beneficios económicos, de tal manera que la conservación de la naturaleza salga rentable.

La preservación del medio ambiente como algo necesario para la salud es otra de las razones que se aducen con frecuencia. Se supone que es más saludable aquello que es más natural y, por tanto, que haya sufrido menos transformaciones por parte del hombre. En esta línea se sitúa la bióloga estadounidense Rachel Carson, que hizo fortuna en los años 60 con la publicación de *La primavera silenciosa*, donde denunciaba el peligro que los pesticidas estaban provocando en los alimentos. Aquella denuncia era más real de lo que se podía pensar, como pudimos comprobar en España. La manipulación de alimentos tuvo aquí graves consecuencias con el aceite de colza y la crisis de las vacas locas³⁴.

Una vez resumidas, aunque no de forma exhaustiva, las razones que exigen una respuesta ética ante el problema ecológico, cabría preguntarse si todas ellas responden a lo que es el hombre y el mundo y, sobre todo, a su razón de ser y, por tanto, a las razones más profundas que deben mover a todo hombre y mujer de buena voluntad a defender el medio ambiente. Dicho de otra forma, sin un sentido

³⁴ Cfr. E. Chuvieco-M^a. A. Martín, *op. cit.*, 69-76. 84-85.

trascendente del hombre y del mundo, la defensa de la naturaleza se puede convertir en ideología.

Como escribe al respecto el teólogo belga Adolphe Gesché: “Paradójicamente un punto de vista trascendente (de cualquier manera que se piense), lejos de ahogar la inmanencia y la autonomía del cosmos... contribuiría a esta reconquista de una relación con el cosmos que no fuese ya de posesión y dominio, en la que el hombre cree precisamente tener todos los derechos. La posición de una trascendencia ... permite sustraer a la realidad de mi sola hegemonía”³⁵.

3. La peculiaridad del planeta Tierra.

Este sentido trascendente hace que el hombre se haga preguntas fundamentales sobre su vida: ¿cuál es la razón de su existencia? ¿por qué y para qué está en este mundo? Y al mismo tiempo que quiere conocer su destino, se cuestiona sobre el lugar donde ese destino se desarrolla, es decir, se pregunta ¿por qué en este mundo y no en otro?

Algunos autores han puesto de manifiesto la originalidad del planeta Tierra y de las condiciones que tiene para que los seres vivos en general y el hombre en particular puedan vivir en él y desarrollarse. Así, por ejemplo, cabe destacar la posición de la Tierra en la galaxia, a una distancia adecuada del Sol, que impida un excesivo calentamiento o el enfriamiento del planeta. Al mismo tiempo, tiene

³⁵ A. Gesché, *El cosmos. Dios para pensar IV*, 17.

una atmósfera que hace de la Tierra un invernadero que regula la temperatura. Esto, junto con la inclinación sobre su eje de rotación, explica la existencia de las estaciones. Por último, la Luna estabiliza la gravedad y regula la rotación terrestre.

Todo esto ha llevado a la enunciación del *principio antrópico*, “según el cual, nuestro planeta ha seguido una evolución convergente que habría sido ‘guiada’ hacia la aparición del ser humano”³⁶. Es más, algunos científicos consideran que el tiempo que han tardado en evolucionar los seres vivos; la radiación solar sobre la Tierra; la órbita terrestre circular y estable, etc. eran las condiciones necesarias que han propiciado la aparición del hombre sobre este planeta concreto y no sobre otro.

Esto llevó al astrofísico de la Universidad de Cambrige, Brandon Carter ha distinguir entre un *principio antrópico débil*, según el cual “nuestra ubicación en el universo es necesariamente privilegiada hasta el punto de ser compatible con nuestra existencia como observadores”; y el *principio antrópico fuerte*: “El universo (y, por consiguiente, los parámetro fundamentales de los que depende) tiene que ser de tal modo que permita la creación dentro de él en algún estadio”³⁷.

El *principio antrópico fuerte* ha llevado a algunos científicos a considerar el universo no desde su origen, sino desde el fin para el cuál existe. Como consecuencia, han querido dar un paso más, intentando

³⁶ E. Chuvienco-M^a. A. Martín, *op. cit.*, 37.

³⁷ Citado en: O. H. Beltrán, “El principio antrópico y la interpretación teleológica del universo”: *Teología* 78, (2001/2) 172.

mostrar cómo las pautas por las que se rige la naturaleza son racionales y tienen una finalidad³⁸.

Es cierto que la teoría del principio antrópico ha sido y sigue siendo discutida, sin embargo, ha pretendido mostrar que el mundo es un hogar para el hombre y que la creación no tiene su origen ni en el azar, ni en una especie de conjunción de fuerzas o sólo en las leyes físicas, sino que tiene una razón de ser, un *logos*. En consecuencia, el mundo en el que vivimos tiene una finalidad y un destino³⁹.

En este sentido, el Premio Nobel de Física, Carlo Rubbia, afirmaba en una entrevista: “Hemos descubierto una muy precisa y ordenada imagen de nuestro mundo. Para mí, está claro que esto no puede ser consecuencia de la casualidad. No puedo creer que todos estos fenómenos, que se unen como perfectos engranajes, puedan ser el resultado de una fluctuación estadística o una combinación del azar. Hay, evidentemente, algo o alguien haciendo las cosas como son. Vemos los efectos de esa presencia, pero no la presencia misma. Es éste el punto en que la ciencia se acerca más a lo que yo llamo religión, sin que me esté refiriendo a ninguna religión concreta”⁴⁰.

³⁸ Cfr. M. Artigas, “¿Hay un sentido en el universo?”: *Anuario Filosófico* 41/3 (2008) 559-560.

³⁹ Cfr. Octavio Rico, “El universo parece hecho para el hombre”: *Acepresa*, (26 noviembre 2003): <http://www.acepresa.com/articles/el-universo-parece-hecho-para-el-hombre/> (7-X-2015).

⁴⁰ Carlos Rubbia: “Algo sobrenatural subyace en el mundo de la materia”: *El País*, (19 de julio 1985): http://elpais.com/diario/1985/07/19/sociedad/490572011_850215.html (13-X-2015). Para mayor profundización véase el interesante y sugerente ensayo de J.R. Medina Precioso, *Los adoradores del azar y los de Dios. Una propuesta para arrancar el monopolio del azar a los ateos*, (Universidad de Sevilla, 2014)

Así, la cosmovisión actual ha dado una base científica al argumento empleado por santo Tomás de Aquino en su explicación del Símbolo de la fe: "... quien considera las cosas de este mundo, ve que todas ellas están organizadas en una jerarquía de hermosura y nobleza, y que son tanto más hermosas y nobles cuanto más se acercan a Dios: los cuerpos celestes son más hermosos y nobles que los de abajo, los seres invisibles más que los visibles. Por tanto, es de creer que todas provienen de un único Dios, que otorga a cada cosa su ser y nobleza"⁴¹.

⁴¹ Santo Tomás de Aquino, *Comentario al Símbolo de los Apóstoles*, artículo 1&2.

CAPITULO III

LA FE EN UN DIOS CREADOR



El primer artículo de la profesión de fe, tanto del llamado símbolo apostólico como del símbolo niceno-constantinopolitano, afirman que Dios ha creado el cielo y la tierra. Esta fe en un Dios Creador no tiene porque estar en oposición a la ciencia y a los avances que ésta ha realizado para el bien de la humanidad, sino más bien al contrario. La fe y la ciencia, que buscan la verdad, son aliadas en la defensa de la naturaleza y se necesitan mutuamente. Como hace años escribió san Juan Pablo II:

“También las disciplinas científicas, como es obvio, nos están aportando una comprensión de nuestro universo en su totalidad, y de la increíble variedad y riqueza de procesos y estructuras complejamente relacionados, que constituyen sus componentes animados e inanimados. Este conocimiento nos ha facilitado una mayor comprensión de nosotros mismos y de nuestro papel humilde, pero único, dentro de la creación”⁴².

Al mismo tiempo, partir de aquí, nos evitará caer en una ética que destierre definitivamente a Dios de este mundo, que ha sido creado por Él. La ecología no puede vivir como si Dios no existiese. En consecuencia, la Iglesia en general y el creyente en particular, no

⁴² Juan Pablo II, *Carta Al Reverendo George V. Coyne, S.J. Director del Observatorio Vaticano “Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo”*, (1 junio 1988).

puede ni negar, ni prescindir del sentido trascendente que tiene la creación y el hombre, de otro modo todas las soluciones al problema medio ambiental fracasarían, primero porque el hombre se convertiría en la medida de todas las cosas; segundo, porque les faltaría su razón más profunda, Dios, en expresión de Adolphe Gesché: “Se salvaguarda la tierra por la Eternidad. Esta tierra que es ‘fronteriza con Dios’...”⁴³.

1. ¿Por qué Dios crea el universo?

La revelación de Dios como Creador de todas las cosas nos puede ayudar a comprender el alcance salvífico que tiene el cuidado de la creación, porque ella es el lugar que Dios ha querido para entrar en relación con el hombre y establecer con él una alianza de amor.

La fe del pueblo de Israel en un Dios Creador era patrimonio común a los pueblos de la antigüedad. Las grandes culturas han mostrado una cierta creencia en un Creador. Ahora bien, en el caso de Israel esta creencia estaba unida a la experiencia de un Dios que los había liberado de la esclavitud, había hecho una alianza con ellos y los había conducido a la tierra prometida. Y, por ello, cuando se produce el exilio en Babilonia, el Templo es destruido y el pueblo es desterrado, surgen las dudas, la fe en Dios parece resquebrajarse. Los profetas entonces muestran que el Dios de Israel, el Dios de la Alianza

⁴³ A. Gesché, *op. cit.*, 109. Cfr. *Ibid.*, 106-112.

con sus padres, es un Dios todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra⁴⁴.

Así pues, el relato de la creación, según nos lo narra el libro del Génesis (1,1-27), es una mirada retrospectiva que quiere explicar la situación del pueblo de Israel en el destierro de Babilonia, y mostrar como Dios ha mantenido su fidelidad a la alianza con el pueblo. ¿En qué se apoya esta creencia? En que Yahvé es todopoderoso, Señor del cielo y de la tierra. No está sujeto al devenir de los tiempos, sino que es también Señor de la historia. Así queda reflejado en el relato de la creación, construido en una sucesión de seis días que culmina en el sábado, como día del descanso de Dios y signo de la alianza del Sinaí.

Al mismo tiempo, hay una sucesión temporal y existencial en este relato. Los seres vivos son creados de menor a mayor, indicando de este modo la cercanía del hombre a su Creador. Hay, por tanto, un orden en la naturaleza, de tal forma que cada ser vivo se va a realizar en la existencia según su propia naturaleza. El autor nos está dando a entender que es necesario distinguir entre el Creador y la criatura, y que ésta es totalmente dependiente de aquel.

Así, el relato del Génesis nos muestra, de una forma sencilla, que Dios es omnipotente, de tal forma que crea todas las cosas de la nada, como explica la madre de los macabeos a su hijo pequeño: “te ruego, hijo, que mires al cielo y a la tierra y, al ver todo lo que hay en ellos, sepas que a partir de la nada lo hizo Dios” (2 Mac 7,28). Y crea por medio de su palabra, de tal forma que ésta es el nexo de unión entre la criatura y su Creador. Así pone de manifiesto que todo lo conserva

⁴⁴ Cfr. J. Ratzinger, *Creación y pecado*, (Pamplona, 1992) 32-34.

y no se sitúa al margen. Igualmente, esta idea rechaza tanto el panteísmo, como el inmanentismo, como el deísmo.

“Como Creador, Dios está en cierto modo ‘fuera’ de la creación y la creación esta ‘fuera’ de Dios. Al mismo tiempo, la creación es completa y plenamente deudora de Dios en su propia existencia (de ser lo que es), porque tiene su origen completa y plenamente en el poder de Dios. También puede decirse que mediante el poder creador (la omnipotencia) Dios está en la creación y la creación está en Él. Sin embargo, esta inmanencia de Dios no menoscaba para nada la transcendencia que le es propia con relación a todo a lo que Él da la existencia”⁴⁵.

¿Qué consecuencias podemos sacar de aquí?

Primero, que el fin de la creación es la gloria de Dios. Así nos lo indica la estructura sabática del relato del Génesis. Celebrar el sábado es hacer memoria de la Alianza. La obra de la creación pone de manifiesto la grandeza de su autor: “¡Qué admirables son todas sus obras! Y lo que contemplamos es apenas un destello. Todas viven y permanecen eternamente, y todas le obedecen en cualquier circunstancia. Todas las cosas de dos en dos, una frente a otra; no ha creado nada imperfecto. Una cosa confirma la excelencia de otra; ¿quién puede cansarse de contemplar su gloria?” (Si 42,22-25).

Dios no crea por necesidad, ni la creación es una prolongación de la divinidad, sino que, por medio de sus obras, el hombre, limitado como criatura que es, lo pueda conocer y participar de su vida divina. Y así, en la medida en que el hombre y la naturaleza se trascienden

⁴⁵ Juan Pablo II, *Audiencia general*, (15 enero 1986).

encuentran su razón de ser, como lo explica san Juan Pablo II: “En la revelación de la Sabiduría y del Amor de Dios está el fin primero y principal de la creación y en ella se realiza el misterio de la gloria de Dios, según la palabra de la Escritura: ‘Criaturas todas del Señor: bendecid al Señor’ (Dan 3, 57). En el misterio de la gloria todas las criaturas adquieren su significado transcendental: ‘superándose’ a sí mismas para abrirse a Aquel, en quien tienen su comienzo... y su meta”⁴⁶.

Esto proporciona al hombre una confianza de que Dios siempre cuida de él. En consecuencia, Dios no es una especie de relojero, como nos ha hecho creer la Modernidad, que fabrica el mundo y después, una vez puesto en marcha, se desentiende de él. Este es el sentido de la Providencia Divina: Dios conserva todo en su ser y lo mantiene en la existencia. Así da a entender, frente al determinismo materialista, que pretende explicar la existencia del hombre al margen de Dios, que Él es quien gobierna el mundo. En este sentido, afirma el Concilio Vaticano I: “todo lo que Dios creó, con su providencia lo conserva y gobierna, ‘alcanzando de un confín a otro poderosamente y disponiéndolo todo suavemente’ (Sab 8,1). ‘Porque todo está desnudo y patente a sus ojos’ (Heb 4,13), aun lo que ha de acontecer por libre acción de las criaturas”⁴⁷.

Al mismo tiempo, este sentido de la Providencia no niega la legítima autonomía del hombre, sino que lo sitúa en su justo lugar, ya que le recuerda que todos los progresos humanos, científicos, técnicos, económicos, etc., es decir, todo aquello que va unido al mandato de Dios al hombre para que someta la tierra (Gn 1,28) no lo sitúa por

⁴⁶ Juan Pablo II, *Audiencia general*, (12 marzo 1986).

⁴⁷ Denzinger-Hünermann, *Enchiridion*, 3003.

encima del Creador ni puede llevar a que el hombre se convierta en un enemigo para el hombre, como advierte el Concilio Vaticano II: “A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior... Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad”(GS 42).

Y por ello, todo lo anterior conduce a una última consecuencia: la solidaridad. Puesto que todas las personas han sido creados iguales y con la misma dignidad, atentar contra un hombre o mujer, es atentar contra el Creador, y el que se compadece de un hombre, honra a Dios. Más adelante me detendré sobre este punto, pero no quería dejar de mencionarlo al hilo del relato del Génesis, ya que es una clave importante para entender el porqué del cuidado a la naturaleza. La ecología y la solidaridad se dan la mano en la creación. “En nuestra tierra hay lugar para todos: en ella toda la familia humana debe encontrar los recursos necesarios para vivir dignamente, con la ayuda de la naturaleza misma, don de Dios a sus hijos, con el tesón del propio trabajo y de la propia inventiva”⁴⁸.

2. “Todo fue creado por él y para él” (Col 1,16)

En el Antiguo Testamento nos encontramos relatos donde se vincula la Sabiduría de Dios con la creación. Así ocurre en el elogio a la Sabiduría de Proverbios 8; el cántico de Job, en el capítulo 28; o en

⁴⁸ Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, n. 50.

Eclesiástico 24, donde además hay una clara referencia a la Alianza. Son textos que adquieren todo su sentido si los leemos desde el Nuevo Testamento, de tal forma que la creación aparece como obra de la Trinidad y encuentra su razón de ser en Cristo.

La creación en Cristo une el pasado, el presente y el futuro. Nos muestra al nuevo Adán, principio y fin de la historia de la salvación. En este sentido, las afirmaciones del Nuevo Testamento nos indican que Dios, al crear, miraba no sólo a la encarnación del Verbo, sino a su resurrección. En el Cristo glorioso se revela el hombre perfecto, imagen y semejanza de Dios, en quien la creación alcanza su plenitud⁴⁹.

Así san Pablo, en la primera carta a los Corintios (8,6), presenta a Dios como el Creador de todas las cosas y a Cristo, el Señor, como mediador, “por quien existen todas las cosas, y nosotros por él”. Esto mismo es lo que nos señala el apóstol en el himno de Colosenses (1,15-18a), donde presenta a Cristo como “primogénito de toda criatura” (v. 15). San Pablo resalta aquí la función mediadora de Cristo y, por tanto, acentúa su superioridad sobre todas las criaturas. Sin embargo, su misión no se limita a un acto puntual, antes de la creación del mundo, sino que “todo se mantiene en él” (v. 17b), dando a entender, por una parte, el papel providente que tiene Cristo; por otra, que es el fundamento del ser de todo cuanto existe. Es quien guía a la creación, pero ¿hacia dónde? Hacía él, porque “todo fue creado por él y para él” (v. 16c). Cristo, “primogénito de entre los muertos” (v. 18) es el principio y el fin por el cual y para el cual todo fue creado. Este destino de la creación en Cristo viene confirmado en el himno de Efesios (1,3-

⁴⁹ Cfr. J. Ratzinger, *op. cit.*, 38-41.

14). Hay un diseño de Dios sobre la creación, que es anterior a la misma creación y que engloba al mundo y al hombre.

Esta mediación de Cristo es anterior a su encarnación, como lo muestra san Juan en su Prólogo: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto a Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada...” (Jn 1,1-3). El evangelista une a Cristo como “primogénito de toda criatura”, en expresión paulina, y la creación por medio de la palabra, según nos enseña el libro del Génesis. Nos indica que el Verbo es mediador en la creación y, al mismo tiempo, es su razón de ser, su Logos, lo que da sentido al mundo y al hombre. Ahora bien, san Juan no sólo nos recuerda el paralelismo con el relato del Génesis, sino que va más allá. Nos está diciendo que en el Verbo encarnado tiene su origen la nueva creación. La Palabra es Palabra creadora y Palabra de vida.

Ahora bien, la relación de Cristo con la creación no se limita ni a su existencia como Verbo antes de la encarnación, ni a su estado glorioso después de la ascensión al cielo. También durante su vida terrena, Jesús de Nazaret muestra una relación especial con la naturaleza. Conocía la vida del campo, de la agricultura, del mar. Todo esto se pone de manifiesto en su predicación.

Así, por ejemplo, propone la parábola del sembrador (Mc 4,1-8). Relaciona el reino con el trigo y la cizaña (Mt 13,24-30) y sabe que ambas, cuando la espiga está verde, se parecen mucho, por lo que es difícil distinguirlas; o habla de la semilla de mostaza “aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas” (Mt 13,32). Y conoce cómo se cuida una viña y lo que hay

que hacer para evitar que los animales entren en ella y la destruyan (Mc 12,1-12).

También utiliza la imagen del pastor, algo muy habitual en Palestina. Conoce el oficio y que, por la noche, las ovejas y las cabras eran separadas, siendo aquellas más valoradas económicamente que estas (Mt 25,32-33). La relación con los pescadores le lleva a conocer el arte de la pesca y a mantener la tranquilidad frente al oleaje del mar de Galilea, mientras que los discípulos, más expertos que él, están aterrados (Mc 4,37-38). Sabe interpretar los cambios del tiempo (Lc 12,54-58). Y en la naturaleza descubre la mano providente de Dios que nunca abandona a sus criaturas: “Mirad los pájaros del cielo, no siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta... Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto estaba vestido como uno de ellos” (Mt 6,26.28).

En la humanidad de Jesús se unen el cielo y la tierra. “Jesús asume la fe bíblica en el Dios creador y destaca un dato fundamental: Dios es Padre (cf. Mt 11,25). En los diálogos con sus discípulos, Jesús los invitaba a reconocer la relación paterna que Dios tiene con todas las criaturas, y les recordaba con una conmovedora ternura cómo cada una de ellas es importante a sus ojos...”(*LS 96*).

En este sentido, la relación que Jesús, Palabra encarnada, mantiene con la creación pone de manifiesto que en él se cumplen las promesas mesiánicas anunciadas desde la creación del mundo (Ef 1,4). Sin embargo, el cumplimiento definitivo de esas promesas, la consumación, no se realizará hasta que Cristo no se manifieste al final

de la historia como “Testigo fiel y veraz. Principio de la creación de Dios” (Ap 3,14).

Así pues, comprender el papel central que Cristo tiene en la creación es fundamental para establecer la forma adecuada en la que el hombre se relaciona con la naturaleza. Los creyentes tenemos aquí la razón que explica el cuidado especial por la creación.

Estas consideraciones son fruto de la revelación, es decir, de la comunicación que Dios ha hecho al hombre. Éste, creado a imagen y semejanza de Dios, está llamado a participar de la vida divina. Y esto se realiza, siguiendo a san Pablo, por Cristo, como mediador en la creación; en Cristo, que da consistencia y unidad a todo lo creado; y para Cristo, quien lo lleva a su plenitud (Col 1,15-18). Esto nos explica la razón de ser de la naturaleza, como el lugar donde Dios ha querido construir una historia de amor, una alianza, con el hombre. Por eso, creación, encarnación y consumación forman una unidad en el plan del Dios Trino.

“... el Verbo de Dios, Hijo de Dios, nuestro Señor, que se ha aparecido a los profetas según el designio de su profecía y según la economía dispuesta por el Padre; por medio de Él ha sido creado el universo. Además al final de los tiempos para recapitular todas las cosas se hizo hombre entre los hombres, visible y tangible, para destruir la muerte, para manifestar la vida y restablecer la comunión entre Dios y el hombre”⁵⁰.

⁵⁰ Ireneo de Lyon, *Demostración de la predicación apostólica*, 6.

3. La custodia de la naturaleza: el “poverello de Assisi”.

Las expectativas mesiánicas se cumplen en Jesús de Nazaret. En Él se reconcilia todos los seres del cielo y de la tierra (cfr. Col 1,20). Ahora bien, este cumplimiento no se realizará en su plenitud hasta el final de la historia. Al mismo tiempo, no podemos olvidar que el hombre es un ser en camino, eso significa que tenemos un destino. Hay, en cada uno de nosotros, un deseo de infinito. En nuestro interior existe un rumor inmortal que se niega a pensar que nuestra vida, todo lo que hemos hecho, vivido, amado ..., caerá en el vacío. Y esto es lo que hace al hombre capaz de Dios, capaz de eternidad.

Este deseo de infinito, destino de inmortalidad, afecta también a la creación. Por eso, no basta sólo con meras soluciones éticas o legales a los problemas medioambientales, porque esto nos haría perder de vista la finalidad para la cual ha sido creado el hombre y el mundo. Ahora bien, porque vivimos en el “ya” de la salvación, pero “todavía no” plenamente realizada, estamos en el tiempo de la promesa que se ha de cumplir al final de la historia, y por ello el hombre está llamado colaborar con Dios, preservando el mundo creado, evitando de esta forma caer una ética inmanente.

“El hombre no está hecho para esta tierra solamente. Y esto, no por el espejismo de alguna evasión, sino porque esta tierra se encuentra habitada y configurada por el Logo de eternidad. Los cristianos han hecho bien en redescubrir el mundo, pero se equivocan cuando creen que éste no les llama más que al más acá de sus tareas seculares. El

mundo mismo está hecho para más y gime por ello (cfr. Rom 8,22-23)”⁵¹.

El hombre, entonces, tiene una tarea, la de preservar la creación. Primero para que en ella se manifieste la vida del Logos (cfr. Jn 1,4). En segundo lugar, porque la gracia de Dios que trasforma el mundo sólo es eficaz en la naturaleza, o dicho con la fórmula escolástica: “la gracia presupone la naturaleza”. Y en Cristo se nos ha dado la gracia y la verdad (cfr. Jn 1,14). La naturaleza humana, la carne modelada de barro de la tierra, se ha unido a la naturaleza divina. Igual que el primer Adán fue modelado de barro de la tierra a imagen y semejanza de Dios (cfr. Gn 1,26.2,7), también el Hijo nace de una tierra virgen, María. Así, lo Increado y lo creado se unen en el Verbo encarnado. Y así es como, a través de la naturaleza, del mundo creado, actúa la gracia en el hombre, para conducirlo hacia el fin para el que ha sido creado, participar de la vida divina.

“El cosmos ha sido creado por Dios como habitación del hombre y teatro de su aventura de libertad. En diálogo con la gracia, cada ser humano está llamado a aceptar responsablemente el don de la filiación divina en Cristo Jesús. Por esto, el mundo creado adquiere su verdadero significado en el hombre y por el hombre”⁵².

La creación espera la manifestación de los hijos de Dios (cfr. Rm 8,19). El orden de la creación, roto a consecuencia del pecado, es restablecido por el hombre trasfigurado por Cristo y hecho una criatura nueva por el Espíritu Santo. A través del hombre, traspasado por la gracia, el cosmos también será rescatado de la corrupción. Esto que se

⁵¹ A. Gesché, *op. cit.*, 109.

⁵² Juan Pablo II, *Audiencia general*, (19 agosto 1998).

realizará al final de la historia, se cumple ahora en la vida de los santos. Así lo vemos en san Francisco de Asís.

El “poverello de Assisi” es curiosamente propuesto como modelo por el historiador norteamericano Lynn White, quien más hostilmente ha atacado al cristianismo como religión dominante en Occidente, donde se ha incubado la crisis ecológica, y lo hace en estos términos un tanto demagógicos: “[Francisco de Asís] trató de derrocar la monarquía absolutista del hombre sobre la naturaleza para implantar una democracia de todas las criaturas de Dios”⁵³.

San Francisco sería, según White, una excepción tan innovadora en el cristianismo occidental, que hizo que uno de sus sucesores, san Buenaventura, intentase suprimir los vestigios de franciscanismo. Ahora bien, ya que, según este autor, el problema de la ecología fue religioso, la solución también debe ser religiosa, y por ello propone el pensamiento de san Francisco y el modo en que se relaciona con la creación, como el modelo a seguir, teniendo al pobre de Asís como patrono de los ecologistas⁵⁴.

Pero, ¿quién es Francisco de Asís? ¿Por qué después de tantos siglos se le reconoce este patronazgo?

A finales del siglo XII (1182-1226) nace en Asís en el seno de uno de los linajes patricios de la pequeña ciudad de la Umbria. Hijo de Pietro Bernardone, su madre era provenzal y le hablaba en francés. Se enroló, como tantos otros jóvenes, en la cruzada que el Papa ordenara

⁵³ L. White, “The Historical Roots of our Ecological Crisis”: *Science* 155, (1967) 1206.

⁵⁴ Cfr. *Ibid.*, 1207.

predicar contra el ghibelinismo. Y en el camino, estando en Spoleto, le llegó “su momento de Dios”. Renunciando a su frivolidad de vida y a los bienes paternos, abrazo con radicalidad el modelo evangélico desde una raíz muy distinta a otros reformadores: desde la humildad más profunda, aquella que nace del amor.

En 1209, Francisco y los suyos se presentaron en Roma ante la corte de Inocencio III, sin más carta de presentación que su humildad y pobreza. El Papa le creyó y les bendijo. Así de esta forma, sencilla y profética, nació la Orden de los “hermanos menores”.

Francisco era un poeta y cantaba a la naturaleza, a los animales, a las plantas y al hombre mismo. Era el más singular juglar de Dios que nunca existiera, el más próximo también al modelo de Jesús porque había entendido la pobreza como instrumento -radical instrumento- para hacer oír su voz. Francisco no intentaba alejarse del mundo, como había sido la vida religiosa hasta ese momento, sino permanecer en él, como una lámpara que todos pueden ver.

Por eso fue a Egipto para predicar ante el Sultán al-Mali al-Kamel, que trabajosamente pudo asomarse a las palabras, por medio de un traductor, aunque no entendiera su contenido. El príncipe musulmán, heredero de Saladino, percibió que allí, en una presencia débil y pobre, estaba un santo, y lo protegió para que nadie le hiciera daño. Luego Francisco seguirá camino a Jerusalén. Tal vez, sin darse cuenta del todo -o comprendiéndolo demasiado- acababa de descubrir una vía para la comprensión entre los hombres y de estos con la naturaleza y su Creador: la del amor extremo⁵⁵.

⁵⁵ Cfr. L. Suárez, *Raíces cristianas de Europa*, (Madrid, 1986) 98.

En este sentido nos cuenta uno de sus biógrafos, Tomas de Celano:

“En una obra cualquiera canta al Artífice de todas; cuanto descubre en las hechuras, la refiere al hacedor. Se goza en todas las obras de las manos del Señor (Sal 91,5), y a través de tantos espectáculos de encanto intuye la razón y la causa que les da vida. En las hermosas reconoce al Hermosísimo... Por las huellas impresas en las cosas sigue dondequiera al Amado, hace con todas las cosas una escala por la que sube hasta el trono”⁵⁶.

La relación de Francisco con las criaturas llevó al Papa Juan Pablo II a proclamarlo patrono de la ecología⁵⁷. El santo de Asís muestra que el amor a la creación, cuando es purificado por la gracia y traspasado por el amor a Jesucristo, no es un amor utilitario ni egoísta. La creación no es un simple medio para la supervivencia del hombre, sino lugar de encuentro con el Creador y camino para llegar a Él. Como afirma el franciscano José Antonio Merino: “El grito festivo de Francisco parte del Dios Altísimo, ya que Él es el origen y la fuente de todos los seres creados. No parte de abajo, sino de arriba. No parte de la evolución, sino de la creación. Pero desde un arriba que ilumina y clarifica lo de abajo... Todo lo que descende es gracia, y todo lo que asciende converge en su origen creador... El universo entero es realidad y es lenguaje, es presencia y es símbolo, es material y es significación... De ahí la necesidad de internalizar la belleza de

⁵⁶ Tomas de Celano, “Vida segunda” 165: San Francisco de Asís, *Escritos. Biografías. Documentos de la época*, (Madrid, 2011), 342-343.

⁵⁷ Juan Pablo II, *Carta Apostólica Inter Sanctos, proclamación de san Francisco de Asís como patrono de la ecología*, (29 de noviembre de 1979): *AAS* 71 (1979), 1509-1510.

la naturaleza si pretendemos construir una ecología consistente, resistente y permanente”⁵⁸.

Esto quedó expresado en el conocido *Canto de las criaturas* (o del hermano sol, o de las alabanzas, o himno de la hermana muerte). Este es uno de los testimonios del ininterrumpido cántico que fue su vida, desvelada enteramente por la bondad y la misericordia divina, y por el corazón abierto a la fraternidad universal.

Lo compuso en el entonces balbuciente romance italiano de Umbria, que podían entender las gentes sencillas del pueblo a las que iba destinado. Posiblemente su lugar de composición podría ser san Damián o san Fabián de la Foresta. Su fecha de composición se marca entre septiembre de 1224 (la impresión de las llagas), y la muerte, octubre de 1226. Es sin duda el cenit de cómo el entendió su vida con Dios, con los hombres y la naturaleza.

Su estructura está formada por 33 versos, agrupados en seis estrofas y los dos últimos que cierran el Cántico. Tres partes se distinguen claramente en él: los versículos 1-2, que señalan el objeto y el porqué definitivo del Cántico: sólo el Altísimo es digno de alabanza; los versículos 3-9, que convocan, presentándose en pares formados por elementos masculinos y femeninos de la naturaleza: al sol y a la luna y estrellas; al viento-aire-nublado-sereno-todo tiempo y al agua; al fuego y a la tierra; los versículos 10-13, que convocan al hombre que ha aceptado la bienaventuranza de la cruz; el versículo 14, coro final de todas las criaturas.

⁵⁸ J. A. Merino, *op. cit.*, 28.

Una lectura del Cántico obliga a subrayar el repetido *mi Señor* (diez veces) o *Altísimo* (cuatro veces), que revelan el sujeto-objeto de la alabanza, y la doble visión constante suya de Dios en Cristo, *trascendente y cercano* a la vez, y que centran, explican y dan sentido a los restantes temas del Cántico: la alabanza por las criaturas; la fraternidad con ellas y de ellas; la belleza de la creación, que levantan su admiración y alabanza; y el hombre, también él cantor y juglar del coro del “poverello”. Pero es el hombre con sus heridas: la ofensa, la enfermedad, la tribulación y la muerte, de la que nadie escapa (vv. 10.11.12), y que hacen la alabanza más desnuda y puede ser que más pura. Por eso, “bienaventurados”. El Cántico se cierra así en el centro mismo del Evangelio: las bienaventuranzas, lectura paralela imprescindible del mismo.

Frente a un pesimismo y una concepción negativa del mundo y de la naturaleza, característica de la vida monacal de aquella época, san Francisco muestra, en el Cántico, que la creación es bella y buena porque ha salido de las manos de Dios y está destinada a dar gloria al Creador. No hay que tener miedo al mundo. No es necesario huir de él, ni tenerlo por enemigo, porque en las criaturas está impresa la huella de Dios. Ahora bien, si Francisco de Asís llegó a esta contemplación de la divinidad en la naturaleza, fue porque antes se había despojado de todo, se había hecho pobre para depender sólo de su Padre Dios. A este respecto el Papa afirma: “... san Francisco, fiel a la Escritura, nos propone reconocer la naturaleza como un espléndido libro en el cual Dios nos habla y nos refleja algo de su hermosura y de su bondad: ‘A través de la grandeza y de la belleza de las criaturas, se conoce por analogía al autor’ (Sb 13,5), y ‘su eterna potencia y divinidad se hacen visibles para la inteligencia a través de sus obras desde la creación del mundo’ (Rm 1,20)”(LS 12).

CAPITULO IV

“¡SOMETED LA TIERRA!”



El santo de Asís, nos ayuda a comprender que Dios ha creado el mundo como lugar de encuentro con el hombre. En esta misma línea, muchos siglos antes, san Ireneo de Lyon, comentando el relato de la creación, escribía: “El Jardín era tan bello y agradable que el Verbo de Dios se personaba con frecuencia en él; se personaba y entretenía con el hombre prefigurando lo que había de suceder en el futuro, es decir, que el Verbo de Dios se haría conciudadano del hombre y conversaría y habitaría con los hombres enseñándoles la justicia”⁵⁹.

Nos indica de este modo que el fin de la creación es la comunión con Dios y que esta comunión se realiza plenamente en Cristo. En este sentido, podemos comprender de forma adecuada el mandato de Dios: “henchid la tierra y sometedla” (Gn 1,28). Esto no significa que el hombre pueda hacer un uso indiscriminado y despótico de los bienes creados, sino que todo le ha sido entregado, no como dueño, sino como administrador para que “lo labrase y lo cuidase” (Gn 2,15). Sin embargo, este mandato ha servido para acusar al cristianismo de estar en la raíz de la explotación de la tierra⁶⁰.

⁵⁹ Ireneo de Lyon, *Demostación de la predicación apostólica*, 12.

⁶⁰ Cfr. J. Ratzinger, *op. cit.*, 57-58.

Esta acusación nos lleva a preguntarnos, ¿es la religión en general y el cristianismo en particular los causantes de la crisis medio ambiental? Y si la respuesta es no, ¿aporta algo la religión y la fe cristiana a la defensa de la naturaleza? Pues claro que sí, ya no se debe desligar la cuestión ecológica de la cuestión antropológica. Porque de la concepción que tengamos del hombre y del mundo, ello influirá inevitablemente, en cómo queremos relacionarnos con el medio ambiente. Y, como ya hemos indicado, no es lo mismo tener una visión trascendente del mundo y del hombre, que no tenerla. No es igual partir de unos principios religiosos que ateos, agnósticos o indiferentes. Pues, aunque unos u otros, busquemos preservar la naturaleza, el porqué y el cómo se haga y hacia dónde nos conduzca no sólo es importante, sino que también es fundamental, ya que, por ejemplo, no se puede defender el medio ambiente si no se respeta la vida humana desde su concepción hasta la muerte natural. ¿Qué clase de coherencia es aquella que dice defender una especie en peligro de extinción y luego desprecia al ser humano en su gestación, desarrollo vital o al final de su existencia? En efecto, la degradación de la naturaleza está estrechamente relacionada con la cultura que modela la convivencia humana, por lo que “cuando se respeta la ‘ecología humana’ en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia (*Caritas in veritate*, 51)”⁶¹. La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la creación y se siente en el deber de ejercerla también en el ámbito público, para defender la tierra, el agua y el aire, como dones de Dios Creador para todos, y sobre todo para proteger al hombre frente al peligro de la destrucción de sí mismo.

⁶¹ Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, (1 enero 2010), 12.

1. Administradores, no dueños

Se ha achacado a la cosmovisión judeo-cristiana el uso indiscriminado que, en Occidente, se ha hecho de los bienes naturales. Según esta cosmovisión, o mejor, según la interpretación que se ha hecho de esto, los seres vivos no humanos no tienen valor en sí mismo, sino en la medida en que sirven al hombre para un fin. El hombre, como centro de la creación, se ha adueñado de la tierra, la ha sometido y conquistado con los avances y progresos técnicos, provocando la crisis ecológica. Y todo ello en nombre o siguiendo la voluntad de Dios⁶².

Si esta acusación es cierta y se sigue cumpliendo hoy, eso indicaría que es en los países de tradición cristiana donde más problemas ecológicos hay o dónde menos sensibilidad ecológica existe. Sin embargo, los análisis estadísticos muestran que esto no es así. En los países de mayoría cristiana hay una mayoría de mentalidad conservacionista, es decir, que la valoración que se hace de la ecología es grande⁶³.

Entonces, si los datos indican que las acusaciones contra el cristianismo no son ciertas, ¿qué nos ha transmitido entonces la tradición cristiana?

En primer lugar, está el principio de “custodia ambiental”, es decir, el ser humano es gestor, no propietario de la creación. Esto exige una custodia de aquello que se nos ha entregado. Nos obliga a un

⁶² Cfr. L. White, “The Historical Roots of our Ecological Crisis”: *Science* 155, (1967) 1203-1207.

⁶³ Cfr. E. Chuvienco Salinero: “¿Es el cristianismo responsable de la crisis ambiental del planeta?: *Estudios geográficos* 73, (2012) 432-445.

cuidado especial de los recursos de la Tierra, porque el mundo, la naturaleza, la creación tiene valor en sí mismo al ser criatura de Dios. En el cuidado por la creación, el hombre está prolongando la acción providente del Creador. Así, la acción del hombre sobre la naturaleza tiene como principio básico y fundamental que Dios la ha puesto en sus manos como un don. Dios ha querido que el hombre fuera “rey de la creación”, pero este señorío se debe ejercer siempre de acuerdo al designio de Dios mismo sobre el hombre y el mundo.

Como nos recuerda san Juan Pablo II: “En la raíz de la insensata destrucción del ambiente natural hay un error antropológico, por desgracia muy difundido en nuestro tiempo. El hombre, que descubre su capacidad de transformar y, en cierto sentido, de ‘crear’ el mundo con el propio trabajo, olvida que éste se desarrolla siempre sobre la base de la primera y originaria donación de las cosas por parte de Dios. Cree que puede disponer arbitrariamente de la tierra, sometiéndola sin reservas a su voluntad, como si ella no tuviese una fisonomía propia y un destino anterior dados por Dios, y que el hombre puede desarrollar ciertamente, pero que no debe traicionar”⁶⁴.

Al mismo tiempo, no podemos perder de vista, que tendremos que dar cuentas a Dios de lo que hemos hecho con el legado que hemos recibido. En este sentido, es significativo que, en las parábolas, Jesús recurra a la imagen del administrador y a la obligación de rendir cuentas por la gestión realizada. Así por ejemplo, tenemos la parábola de los obreros de la viña (Mt 20,8) o la parábola de los talentos (Mt 25,14-28). En estos relatos Jesús alaba al sirvo fiel: “¿Quién es el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su

⁶⁴ Juan Pablo II, *Centessimus Annus*, 37.

servidumbre para darles a su tiempo la ración conveniente? Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciéndolo así” (Lc 12, 42-43).

Esta concepción del hombre como custodio ambiental ¿significa que el hombre ha perdido su libertad y autonomía en la creación? O indica precisamente todo lo contrario, que Dios ha abandonado el mundo y nos ha dejado la administración de algo de lo que se desentiende. Ni lo uno, ni lo otro. El hombre responde al mandato de Dios cuando busca la forma de mejorar la propia vida mediante los avances técnicos y científicos. Ahora bien, esto sólo se realiza con justicia y verdad cuando esa mejora y esos avances buscan el bien de lo creado y del propio hombre, y por tanto se dirigen a Dios, como origen y fin de la creación.

Cuando se actúa de esta manera, el dominio sobre la creación no es sometimiento incontrolado o despiadado, sino que se parte de un amor a la creación y a la criatura, porque detrás esta la Providencia Divina que todo lo sostiene. Sin embargo, si el hombre da la espalda al Creador y actúa pretendiendo ocupar el lugar de Dios, las consecuencias son desastrosas tanto para la creación como para el propio hombre:

“... es fácil ceder al deslumbramiento de una pretendida autosuficiencia en el progresivo ‘dominio’ de las fuerzas de la naturaleza, hasta olvidarse de Dios o ponerse en su lugar. Hoy esta pretensión llega a algunos ambientes en forma de manipulación biológica, genética, psicológica... que si no está regida por los criterios de la ley moral (y consiguientemente orientada al reino de Dios) puede

convertirse en el predominio del hombre sobre el hombre, con consecuencias trágicamente funestas”⁶⁵.

2. El pecado quebrantó la armonía del cosmos.

El mandato de Dios al hombre para que sometiera la tierra conllevaba una relación de amistad con la naturaleza, es decir, era una relación ordenada para que el hombre entrara en diálogo con el Creador. Sin embargo, el pecado de Adán hizo que esta relación se rompiera y quedara corrompida. “Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol del que te prohibí, maldito el suelo por tu culpa: comerás de él con fatiga mientras vivas; brotará para ti cardos y espinas, y comerás hierba del campo” (Gn 3,17-18).

Las consecuencias del pecado afectaron a la creación. Si todo había salido bueno de las manos de Dios, ¿por qué la ferocidad de los animales? ¿por qué la lucha y la supervivencia del más fuerte? Porque, a consecuencia del pecado, los animales se volvieron fieras, se convierten en enemigos del hombre, igual que éste se había rebelado contra Dios. Y lo mismo sucedió con las plantas y árboles; con los ríos y los mares; los vientos y la lluvia.

El poeta latino Aurelio Prudencio, al hablar de las consecuencias del pecado de Adán, escribe: “... así el hogar sometido al hombre, quiero decir el orbe pletórico de riquezas, precipitado en pronta ruina al pecar su señor, inclinado ya desde entonces a la corrupción, se contagió de la malicia de su dueño... Entonces, matado

⁶⁵ Juan Pablo II, *Audiencia general*, (18 junio 1986).

el pastor, aprendieron también los feroces leones a alimentarse con la sangre inocente de los novillos y a destrozar a dentelladas los jóvenes bueyes sometidos al yugo... A todo animal imbuyó la astuta destreza del hurto funesto y la engañosa traición agudizó sus pervertidos instintos...

Los mismos elementos, roto el orden establecido, traspasan también el límite que les había sido asignado y arrebatan y derriban a todo, devastando el mundo con sus fuerzas quebrantadoras de las leyes... Sin embargo, no dio el Creador tamaño furor a estos elementos, cuando nacieron, sino que la desenfrenada licencia del mundo, roto todo control y gobierno, perturbó sus leyes apacibles”⁶⁶.

En definitiva, el orden que Dios había dado al cosmos se rompió y, al final, el hombre se rebeló contra el propio hombre. Caín mató a Abel. En este relato se ha visto el enfrentamiento entre dos pueblos, el sedentario dedicado, como Caín, a la agricultura, y el nómada, como Abel, ganadero. Sin embargo, el autor del Génesis universaliza el conflicto entre los dos hermanos, para presentarnos el fratricidio como consecuencia del pecado de Adán y, al mismo tiempo, el castigo sobre Caín que es semejante al del padre, ya que Dios lo condena y advierte: “Aunque labres el suelo, no te dará más su fruto” (Gn 4,12).⁶⁷

El asesinato cometido por Caín pone de manifiesto la libertad del hombre frente al mal. Igual que Adán pudo elegir entre obedecer a Dios y obedecer a la serpiente, también Caín era libre ante el pecado,

⁶⁶ Aurelio Prudencio, *Obras Completas: Amartigenia*, (Madrid, 1981) 263.265

⁶⁷ Cfr. Francisco, *Mensaje para Jornada Mundial de la Paz*, (1 de enero de 2015)

pudo elegir no matar, pero se dejó llevar por la codicia. Como nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

“La Escritura, en el relato de la muerte de Abel a manos de su hermano Caín (cf *Gn* 4, 8-12), revela, desde los comienzos de la historia humana, la presencia en el hombre de la ira y la codicia, consecuencias del pecado original. El hombre se convirtió en el enemigo de sus semejantes. Dios manifiesta la maldad de este fratricidio: ‘¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo. Pues bien: maldito seas, lejos de este suelo que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano’ (*Gn* 4, 10-11)”⁶⁸. Esto mismo nos lo relata Francisco en el Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz de este año: “Caín y Abel son hermanos. Proviene los dos del mismo vientre, son iguales en dignidad, y creado a imagen y semejanza de Dios; pero su fraternidad creacional se rompe...El fratricidio se convierte en paradigma de la traición, y el rechazo por parte de Caín a la fraternidad de Abel es la primera ruptura de las relaciones de hermandad, solidaridad y respeto mutuo”⁶⁹

La rebelión del hombre contra Dios en el paraíso, tiene como consecuencia que los hombres ya no se relacionan como hermanos, sino como enemigos. Vivir de espaldas a Dios, trae como consecuencia la indiferencia y la ruptura de la fraternidad entre los hombres. “Yahvé dijo a Caín: ‘¿Dónde está tu hermano Abel?’ Contestó: ‘No sé. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?’...” (*Gn* 4,9). El hombre no quiere asumir la responsabilidad que tiene sobre los demás. Las consecuencias son la falta de solidaridad y la indiferencia, como afirma el Papa Francisco: “...El descuido en el

⁶⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2259.

⁶⁹ Francisco, *Mensaje para Jornada Mundial de la Paz*, (1 de enero de 2016) 5.

empeño de cultivar y mantener una relación adecuada con el vecino, hacia el cual tengo el deber del cuidado y de la custodia, destruye mi relación interior conmigo mismo, con los demás, con Dios y con la tierra” (LS 70).

La salvaguarda de la naturaleza y la solución a los problemas ecológicos pasa, necesariamente, por restablecer el orden creado y esto, al mismo tiempo, exige establecer lazos de fraternidad entre los hombres. La codicia, el afán de poseer, conlleva, en palabras del Papa Francisco, a la “globalización del descarte” y a las luchas de unos contra otros. Si queremos hacer frente a estos problemas, hoy más que nunca, es necesario tomar conciencia de que los bienes creados deben ser equitativamente compartidos según los principios de la justicia y la solidaridad.

En consecuencia, toda solución al problema ecológico debe tener en cuenta la justa distribución de los bienes creados, porque “Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno. He ahí, pues, la raíz primera del destino universal de los bienes de la tierra. Ésta, por su misma fecundidad y capacidad de satisfacer las necesidades del hombre, es el primer don de Dios para el sustento de la vida humana”⁷⁰.

El Papa en la *Laudato sí* hace especial referencia al problema del agua (cfr. LS 27-31), que es un medio imprescindible para la supervivencia. Sabemos que, mientras en los países desarrollados, la tecnología y el progreso ha permitido el abastecimiento de agua

⁷⁰ Juan Pablo II, *Centesimus annus*, 31. Cfr. Francisco, *Laudato sí*, 93.

potable, esto no ha sucedido en otros países, especialmente en África y Asia, lo que provoca graves enfermedades y un alto índice de mortalidad, sobre todo entre los niños (cfr. LS 28-29). Hay un fuerte desequilibrio hidrológico entre los continentes, que hace que, para muchas personas, el agua sea un lujo o un sueño inalcanzable. En consecuencia, la justa distribución de un bien tanpreciado debe responder siempre a criterios morales que defiendan el valor de la dignidad de la persona y de la vida⁷¹.

“El derecho al agua, como todos los derechos del hombre, se basa en la dignidad humana y no en valoraciones de tipo meramente cuantitativo, que consideran el agua sólo como un bien económico. Sin agua, la vida está amenazada. Por tanto, el derecho al agua es un derecho universal e inalienable”⁷².

3. El bien común de la creación.

El cuidado del medio ambiente exige el cuidado del hombre. No se da lo uno sin lo otro. En consecuencia, es necesario establecer vínculos de comunión para defender un bien común tan importante como es la creación. Cuando esta comunión falta, y unos se apropian de los recursos naturales en contra de otros, se rompe la fraternidad y

⁷¹ Cfr. R. Rubio Fernández, “El agua, un bien de todos y en bien de todos. El problema de la explotación, distribución y aprovechamiento del agua”: Nunciatura Apostólica de España, *La cuestión ecológica: La vida del hombre en el mundo*, (Madrid, 2009) 296-298.

⁷² Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 485.

nacen los conflictos. Por eso, la defensa del medio ambiente es inseparable de la defensa de la paz⁷³.

“Así pues, hecho partícipes de las muchas, grandes y gloriosas acciones, corramos hacia la meta de la paz que nos fue transmitida desde el principio y fijemos los ojos en el Padre y Creador de todo el cosmos unámonos a sus magníficos y extraordinarios dones y beneficios de paz”⁷⁴.

A finales del siglo I, el Papa Clemente escribía a la Iglesia de Corinto a causa de una revuelta, en la que algunos cristianos de aquella comunidad quitaron de sus cargos a los presbíteros que presidían esa Iglesia. Entre los argumentos que el Papa emplea para devolver la paz y la unidad a aquellos cristianos, está la dulzura y misericordia de Dios que se ha manifestado en la creación del mundo⁷⁵.

Al principio, nos dice el libro del Génesis, “la tierra era caos y confusión; la oscuridad cubría la superficie del abismo...” (Gn 1,2). Y en ese caos, Dios estableció la armonía, dio unidad a la creación. Ordenó a la tierra que diera alimento a hombres y a animales. Dividió el océano que cubría la tierra en mares y les puso límite, sometiéndolos a sus órdenes. Estableció las estaciones que se suceden unas a otras. En definitiva, Dios puso orden en el cosmos, mostrando de esta forma sus designios de paz.

“El gran Creador y Señor del universo mandó que todas estas cosas se mantuvieran en paz y concordia, derramando el bien sobre

⁷³ Cfr. Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 51; Francisco, *Laudato sí*, 92.

⁷⁴ Clemente de Roma, *Carta a los Corintios* XIX, 2.

⁷⁵ *Ibid.*, XIX,3.

todos y, sobreabundantemente, sobre nosotros que nos hemos refugiado en sus misericordias por medio de nuestro Señor Jesucristo”⁷⁶.

Las creación del mundo, la armonía que hay en todas las cosas creadas, es motivo de alegría para Dios. Y quiso que sirvieran de modelo para el hombre, “como representación de su imagen”⁷⁷. El hombre, por tanto, ha sido llamado por Dios para realizar sus obras. Y así, igual que Dios se alegra con la belleza del cosmos, también se alegra cuando los justos se adornan de buenas obras y ponen en Él su confianza, porque “no abandonan a los que esperan en Él”⁷⁸. Estos son los que hacen las obras de la justicia que llevan a la conversión por medio de Cristo.

El Creador no abandona la obra de sus manos, sino que siempre se muestra cercano, porque es un Dios providente que quiere hacer partícipe al hombre de su vida: “Por tanto, hermanos, consideremos de qué materia fuimos hechos, cuáles y quiénes entramos en el mundo, de qué sepulcro y tinieblas nos sacó el que nos ha plasmado y creado para introducirnos en su mundo, preparándonos sus beneficios de antemano, antes de que nosotros nacióáramos”⁷⁹

El mismo Dios, Creador del cielo y de la tierra, que ordenó el cosmos y dio vida a todos los seres, es quien dirige los destinos del mundo para llevarlo a su plenitud. Ahora bien, no podemos olvidar que el pecado rompió con la armonía que había entre Dios, la creación

⁷⁶ Ibid., XX,11.

⁷⁷ Ibid., XXXIII,4.

⁷⁸ Ibid., XI,1.

⁷⁹ Ibid., XXXVIII,3.

y el hombre, por eso era necesario que, en Cristo, todo fuera reconciliado. Y así se pudiera restituir la paz y el orden de la creación.

“Fijemos los ojos en la sangre de Cristo y conozcamos qué preciosa es a Dios, su Padre, pues, al ser derramada por nuestra salvación, llevó a todo el mundo la gracia de la conversión”⁸⁰.

La conversión, por tanto, exige que el hombre haga un uso recto de su libertad, de tal manera que se sirva de los bienes creados no para el capricho, el sometimiento del otro o el dominio, sino para realizar las obras de la justicia, de acuerdo con los designios de Dios. Así, mediante la reconciliación del hombre con Dios, la creación se convierte en lugar donde es posible la fraternidad y, en consecuencia, la paz entre los hombres, como explica el Papa Juan Pablo II: “En esta novedad de vida en la construcción de la paz universal, por medio de la justicia y del amor, está llamado a participar, de modo misterioso pero real, también el cosmos”⁸¹.

La falta de orden y paz entre las naciones afecta, de forma evidente, a la creación. Y viceversa, el descuido de la creación conlleva un grave peligro para la paz entre los pueblos. Ahora bien, si queremos evitar este peligro es necesario un cambio de mentalidad, nuevos estilos de vida, que lleve a transformar el corazón del hombre y las relaciones sociales, que permitan el desarrollo común. Y a esta tarea estamos todos llamados⁸².

⁸⁰ Ibid., VII,4.

⁸¹ Juan Pablo II, *Audiencia general*, (19 agosto 1998).

⁸² Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, (1 enero 2010), 11.

Aquí también descubrimos, en la persona de san Francisco, un ejemplo de cómo debe obrar el creyente que busca la paz y ama la creación. El amor y la confianza en el Creador llevó al santo de Asís a establecer vínculos de fraternidad entre los hombres y con la creación, convirtiéndose de este modo en instrumento de paz, como nos explica san Buenaventura:

“Al comienzo de todas sus predicaciones saludaba al pueblo, anunciándoles la paz con estas palabras: ‘¡El Señor os dé la paz!’. Tal saludo lo aprendió por revelación divina, como él mismo confesó más tarde. De ahí que, según la palabra profética y movido en su persona del espíritu de los profetas, anunciaba la paz, predicaba la salvación y con saludables exhortaciones reconciliaba con una paz verdadera a quienes, siendo contrarios a Cristo, habían vivido antes lejos de la salvación”⁸³.

San Francisco nos enseña que es posible luchar contra “la cultura del descarte que no respeta nada ni a nadie: desde los animales a los seres humanos, e incluso al mismo Dios”, en palabras del Papa Francisco⁸⁴. El “poverello de Assisi” no fue indiferente a nadie.

“Amigo de los pobres, amado por las criaturas de Dios, invitó a todos —animales, plantas, fuerzas naturales, incluso al hermano Sol y a la hermana Luna— a honrar y alabar al Señor. El pobre de Asís nos da testimonio de que estando en paz con Dios podemos dedicarnos

⁸³ San Buenaventura, *Leyenda mayor* 3,2 (Madrid, 2011) 409.

⁸⁴ Francisco, *Discurso al Cuerpo Diplomático*, (12 enero 2015).

mejor a construir la paz con toda la creación, la cual es inseparable de la paz entre los pueblos”⁸⁵.

4. “Vence la indiferencia, conquista la paz”.

Como decía al principio de esta carta, con el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2016, que lleva este título, el Santo Padre quiere que pongamos nuestra mirada en el prójimo. En aquellas personas, cercanas o lejanas, que viven en situación precaria o sufren injusticias, y ante las que pasamos de largo, somos indiferentes.

Generalmente, esta indiferencia es fruto del egoísmo, de la apatía, del individualismo, de la sociedad en la que vivimos, que no reconoce la dignidad de la persona. Pero, ¿dónde está la raíz de esta indiferencia? ¿Por qué hemos llegado a esto?

El libro del Génesis nos cuenta que tras la alianza de Dios con Noé, los hijos de este se dispersaron y repoblaron la tierra (Gn 10). Según el relato bíblico, “el mundo era un mismo lenguaje e idénticas palabras” (Gn 11,1). Los hombres tomaron conciencia de su poder y de la gran capacidad que tenían para crecer. ¿Necesitaban entonces de Dios? Eran libres, podían incluso edificar “una ciudad y una torre con la cúspide en el cielo, y hagámonos famosos” (Gn 11,4). La técnica y el progreso hacían de Dios alguien innecesario.

La imagen de la torre de Babel ha quedado con un símbolo del orgullo del hombre, de una fe que todo lo espera del progreso y de la

⁸⁵ Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, (1 enero 1990), 16.

ciencia, pero olvida toda referencia al Creador. Como consecuencia, Dios confunde a los hombres con la diversidad de lenguas y estos se dispersan por toda la tierra (cfr. Gn 11,7-9).

El hombre ha sido creado con libertad. La técnica, la ciencia y el progreso son un bien para la humanidad. Sin embargo, como afirma el Concilio Vaticano II, la autonomía del hombre no “es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le oculte la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece”⁸⁶.

¿Qué sucede cuando el hombre se convierte en la medida de todas las cosas? ¿Cuándo cree ciegamente en sus propias posibilidades y no es capaz de mirar más allá de sí mismo? El sometimiento del hombre sobre la creación, al margen de Dios, conlleva, inevitablemente, el sometimiento del hombre sobre el hombre. En este sentido, el Papa Francisco, en su mensaje con motivo de la Jornada Mundial de la Paz, advierte: “El hombre piensa ser el autor de sí mismo, de la propia vida y de la sociedad; se siente autosuficiente; busca no sólo reemplazar a Dios, sino prescindir completamente de él. Por consiguiente, cree que no debe nada a nadie, excepto a sí mismo, y pretende tener sólo derechos”⁸⁷.

La indiferencia ante Dios tiene como consecuencia la indiferencia ante el hombre, criatura de Dios. Quien cierra el corazón a Dios, cierra el corazón ante los sufrimientos del otro. Quien no entiende la lógica de Dios, compasivo y misericordioso, pasa de largo ante las miserias de los demás. Esto lo podemos comprender muy bien

⁸⁶ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 36.

⁸⁷ Francisco, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, (1 enero 2016), 3.

a propósito de la parábola del buen samaritano (Lc 10,25-27). En aquel hombre extranjero que auxilia al herido no hay simplemente una pena distante, fría, no hay indiferencia como en los que pasaron de largo. En el buen samaritano se hace realidad la misericordia de Dios para con los hombres. Lo que mueve al samaritano es la compasión, es decir “padecer con”, pone en juego toda su persona acogiendo al necesitado y curando sus heridas.

El buen samaritano se hace solidario con el sufrimiento del prójimo. Como escribe el Papa Francisco: “mediante este ejemplo, invita a sus oyentes, y en particular a sus discípulos, a que aprendan a detenerse ante los sufrimientos de este mundo para aliviarlos, ante las heridas de los demás para curarlas, con los medios que tengan, comenzando por el propio tiempo, a pesar de tantas ocupaciones. En efecto, la indiferencia busca a menudo pretextos: el cumplimiento de los preceptos rituales, la cantidad de cosas que hay que hacer, los antagonismos que nos alejan los unos de los otros, los prejuicios de todo tipo que nos impiden hacernos prójimo”⁸⁸.

Así, en aquellos que padecen tanto la miseria material como la espiritual; en los que no tienen lo más necesario para vivir y en aquellos “que han perdido el sentido de la vida, están privados de perspectivas para el futuro y han perdido la esperanza”⁸⁹, se descubre el rostro de Cristo. Los creyentes, sirviendo a todos aquellos que sufren la miseria, estamos sosteniendo al mismo Jesús sufriente y damos un testimonio creíble del Evangelio. “En cada uno de estos ‘más pequeños’ está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en

⁸⁸ Ibid., 5.

⁸⁹ Francisco, *Mensaje para la Cuaresma 2014*.

fuga ... para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado”⁹⁰.

Ahora que hemos comenzado el Año de la Misericordia, tenemos una ocasión propicia para mostrar el rostro misericordioso de Dios a través de las obras de misericordia, que nos pueden ayudar a no pasar indiferentes ante tanto sufrimiento humano. Una misericordia que sabe reconciliar, perdonar, crear vínculos de fraternidad entre todos. Es la forma de curar heridas, olvidar enfrentamientos, desterrar el odio y el rencor. Sólo así se podrá construir la paz.

“Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo”⁹¹.

⁹⁰ Francisco, *Misericordiae Vultus*, 15.

⁹¹ Ibid.

CAPÍTULO V

CONVERSIÓN ECOLÓGICA



El Papa Francisco, en la encíclica *Laudato sí*, nos llama a una conversión ecológica y nos propone “algunas líneas de espiritualidad ecológica que nacen de las convicciones de nuestra fe, porque lo que el Evangelio nos enseña tiene consecuencias en nuestra forma de pensar, sentir y vivir” (LS 216).

Al hilo de las líneas propuestas por el Papa, quisiera ofreceros tres medios para vivir y realizar en cada uno de nosotros esta conversión. El primero es la contemplación, junto con la alabanza y la acción de gracias. En segundo lugar, la virtud de la templanza, que nos lleva a una vida sobria frente al consumismo. Y, por último, la solidaridad.

1. Contemplar, alabar, dar gracias

“La inclinación natural del alma a amar la belleza es el ardid de que se sirve Dios con más frecuencia para abrirla al soplo de lo alto”⁹². Estas bellas palabras de la pensadora francesa Simone Weil nos pueden ayudar a comprender cómo la creación es uno de los medios que tiene el hombre para descubrir a Dios.

⁹² S. Weil, *A la espera de Dios*, (Madrid 2009), 101.

En el encuentro con la naturaleza, el hombre puede descubrir fundamentalmente dos cosas. La primera que está en el mundo y, por tanto, que éste no es un lugar prescindible, sino donde el hombre desarrolla su actividad. Necesita del mundo y de la naturaleza en la que habita. En segundo lugar, descubre que no se identifica con el mundo y, por tanto, es sustancialmente distinto y que la naturaleza tiene sus propias leyes, también independientes de la mano del hombre. “El mundo está allí ante el hombre como una realidad anterior a él, autónoma, constituida por procesos inmanentes no establecidos por él: el mundo ha acontecido y sus procesos acontecen por sí mismos, sin la intervención del hombre”⁹³.

Esta distinción hombre-mundo parte de la propia experiencia humana. El hombre comprende que la naturaleza es una realidad diversa porque carece de autoconciencia. El ser humano tiene la capacidad de autorreflexión y actúa libremente, en consecuencia puede modificar el mundo que le rodea, transformando la naturaleza. Así la cultura y el progreso son fruto de la actuación del hombre sobre el mundo, aunque, también hay que decirlo, esto haya traído consecuencias trágicas para el propio hombre.

Y es precisamente esta distinción entre la naturaleza y el hombre, lo que puede llevar a éste a preguntarse sobre el origen de todo lo que existe. Es cierto que, hoy en día, las respuestas son muy variadas y que, con frecuencia, se ha presentado la fe como contraria a los datos científicos. Sin embargo, también es cierto que la biología y las ciencias experimentales no han podido explicar con satisfacción, algunos de los elementos constitutivos del ser humano y de la propia

⁹³ J. Alfaro, *De la cuestión del hombre a la cuestión de Dios*, (Salamanca 2002), 202.

naturaleza. Esto ha puesto de manifiesto que los descubrimientos de las ciencias naturales no han tenido un valor incuestionable.

Ahora bien, descubrir a Dios a través de la naturaleza exige, por parte del hombre, una opción intelectual previa, abierta a la trascendencia y que busque una Razón (Logos) más allá de la propia razón humana, es decir, que salga de sí mismo y se abra a la realidad. Entonces, sólo aquel que tenga curiosidad ante lo que le rodea y quiera encontrar respuestas, buscará la explicación de todo cuanto existe en Otro. Así lo expresaba el Papa Benedicto XVI a propósito de la fiesta de la Epifanía:

“El universo no es el resultado de la casualidad, como algunos quieren hacernos creer. Al contemplarlo, se nos invita a leer en él algo profundo: la sabiduría del Creador, la inagotable fantasía de Dios, su infinito amor a nosotros... En la belleza del mundo, en su misterio, en su grandeza y en su racionalidad no podemos menos de leer la racionalidad eterna, y no podemos menos de dejarnos guiar por ella hasta el único Dios, creador del cielo y de la tierra”⁹⁴.

Y para nosotros los creyentes, la creación nos invita a tener una mirada atenta, contemplativa, limpia, porque descubrimos en la naturaleza la mano providente de Dios que cuida de todas sus criaturas. Entonces, el corazón se eleva al Creador en acción de gracias y alabanza por el don precioso de la creación. Ésta, como nos recuerda el Papa Francisco, da testimonio de la Trinidad (Cf. *LS* 238- 239).

Ésta capacidad contemplativa ha llevado a santos como san Francisco de Asís, san Buenaventura, san Juan de la Cruz o san Ignacio

⁹⁴ Benedicto XVI, *Homilía en al Misa de la Epifanía del Señor*, (6 enero 2011).

de Loyola a descubrir en la naturaleza el primer libro de Dios y sobre Dios. A este respecto, cuenta Wanda Poltawska, que junto con su marido y otros amigos eran compañeros de excursión de san Juan Pablo II, que “El padre Karol Wojtyla... caminaba por las montañas, pero yo diría que más bien contemplaba las montañas. A medida que caminábamos juntos, fue quedando claro que para él aquellas excursiones eran un gran himno de alabanza en honor del Creador. Su mirada concentrada, llena de admiración por la belleza de la naturaleza, era la mirada fija en el Creador”⁹⁵.

Ante la contemplación de la naturaleza el hombre no puede sino alabar al Creador por todo lo que ha salido de sus manos. Este es el acto más propio de la virtud de la religión, por la que el hombre da a Dios todo el honor y gloria que se merece, porque lo reconoce como único Señor de cielos y tierra. Entonces, el corazón agradecido ante la obra de la creación necesita cantar y alabar a Dios. Y el mismo Dios ha puesto en nuestros labios, por el Espíritu Santo, las palabras con que alabarle.

Así, ante el asombro que produce en nosotros la contemplación de la naturaleza, podemos exclamar con el salmista: “¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! ... Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado. ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para mirar por él?” (Sal 8,2. 5-7). El salmo 8 que rezamos en la liturgia de las horas, reconoce la grandeza de Dios que ha creado el cielo y la tierra, y ha querido mostrar su gloria en la debilidad del hombre, creado a su imagen. La carta a los Hebreos recogerá este salmo para

⁹⁵ W. Póltawska, *Diario de una amistad. La familia Póltawski y Karol Wojtyla*, (Madrid, 2011), 54.

hablar de Cristo (cfr. Heb 2,5-8). La dominación universal que Dios había otorgado al hombre al crearlo y que se había roto a consecuencia del pecado, quedará restaurada al final de la historia, cuando vuelva Cristo y el pecado y la muerte hayan sido definitivamente derrotados, es decir, cuando “sus enemigos sean puestos como escabel bajo sus pies” (Heb 10,13).

La belleza de la naturaleza proviene del orden dado por Dios al crearla, porque quiso crear una casa para su Hijo, como canta bellamente el salmo 104 (103): “Bendice alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres! Te viste de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. Extiendes los cielos como una tienda, construyes tu morada sobre las aguas... Asentaste la tierra sobre sus cimientos y no vacilará jamás... Cuantos son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas... Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras...” (Sal 104 (103), 1-3.5.24.31).

El salmista alaba a Dios no sólo porque ha creado todo, sino porque lo conserva en la existencia. Da gloria al Dios Providente que envía la lluvia para apagar la sed de los animales; envía alimento al hombre y hace crecer los árboles del bosque. Hay, además, una referencia a la sabiduría de Dios, entendida como el Verbo que ha construido su morada entre nosotros (cfr. Jn 1,11), pero también es una referencia al Espíritu Santo. Este es el Espíritu “que se cernía sobre la faz de las aguas” (Gn 1,2) y es el Espíritu de Jesucristo al que la Iglesia canta el día de Pentecostés, cuando se recita este salmo en la liturgia eucarística: “Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento. Riega la tierra en sequía, lava el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de

vida al hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero”⁹⁶.

La alabanza debe llevarnos siempre a la acción de gracias, es decir, a la Eucaristía. Como explica muy bien el Catecismo de la Iglesia Católica: “La Eucaristía contiene y expresa todas las formas de oración: es la “ofrenda pura” de todo el Cuerpo de Cristo a la gloria de su Nombre (cf *Ml* 1, 11); es, según las tradiciones de Oriente y de Occidente, el sacrificio de alabanza”⁹⁷.

¿Qué ofrecemos en la celebración de la Eucaristía? El pan y el vino, que son “fruto de la tierra y del trabajo del hombre”. Damos gracias a Dios, precisamente, con los dones que nacen de la tierra, por tanto, son creaturas, bienes de la naturaleza. El ofertorio de la celebración eucarística no es un signo sin importancia. Ni los sacerdotes, ni los fieles podemos pasar por él como algo prescindible o a lo que no se presta atención. Aquí ofrecemos a Dios lo que le pertenece, reconociendo de este modo el Señorío de Dios sobre la creación y expresando, por ello, nuestra gratitud.

Al mismo tiempo, el pan y el vino, consagrados por la acción de Espíritu Santo se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Si el pan y el vino son alimentos necesarios para que el hombre pueda vivir, estos convertidos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, se transforman en alimento de incorruptibilidad. Hay aquí una santificación del mundo creado, que anuncia la resurrección y la

⁹⁶ *Secuencia de Pentecostés*.

⁹⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2643.

esperanza de participar en la vida eterna, como explica muy bien Ireneo de Lyon:

“¿Y cómo dicen aún que una carne nutrida con el Cuerpo y la Sangre del Señor acaba en corrupción y no percibe la Vida?... Le ofrendamos en efecto lo que le pertenece enseñando de manera congruente la comunión y unidad de la Carne y el Espíritu. Pues así como el pan venido de la tierra, en recibiendo la invocación de Dios, ya no es pan común, sino Eucaristía y consta de dos cosas, terrena y celeste, así también nuestros cuerpos, al participar de la Eucaristía, ya no son corruptibles, con la esperanza de la resurrección”⁹⁸.

2. La templanza

¿Cómo podemos contemplar a Dios en la creación? La condición indispensable es tener un corazón libre y una mirada limpia. Ahora bien, esto no es posible si nuestra vida es prisionera del consumismo, que conduce a la avaricia; si nos dejamos llevar por el materialismo; o si nos arrastra un concepto de sociedad del bien estar que alimenta la codicia que seduce a vivir superficialmente; o si nos contagiamos con una cultura hedonista que lleva a absolutizar el yo, generando narcisismo.

¡Cuántas cosas hay que no necesitamos y cuántas necesidades nos creamos! Por esto, si queremos vivir en la libertad de los hijos de Dios es necesaria la virtud de la templanza.

⁹⁸ Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* IV,18,5.

Como nos explica el Catecismo de la Iglesia Católica, esta virtud “modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad. La persona moderada orienta hacia el bien sus apetitos sensibles, guarda una sana discreción y no se deja arrastrar ‘para seguir la pasión de su corazón’ (cfr. *Si* 5,2; 37, 27-31). La templanza es a menudo alabada en el Antiguo Testamento: ‘No vayas detrás de tus pasiones, tus deseos refrena’ (*Si* 18, 30). En el Nuevo Testamento es llamada ‘moderación’ o ‘sobriedad’. Debemos ‘vivir con moderación, justicia y piedad en el siglo presente’ (*Tt* 2, 12)”⁹⁹.

Así, esta virtud nos ayuda, en primer lugar, a tener un orden interior que nos haga desear aquello que es verdaderamente importante: “el Reino de Dios y su justicia” (Mt 6,33), porque tenemos la seguridad de que el Señor y Dueño de cielos y tierra cuida de nosotros y no nos faltará lo más necesario.

En segundo lugar, nos enseña a vivir con sobriedad, no creándonos necesidades engañosas y a usar de los bienes que tenemos con cuidado, no haciendo mal uso de los medios materiales de los que disponemos: no derrochando el agua que tenemos, o tirando la comida que nos sobra; conformándonos con poco, sabiendo que menos es más. Vivir sobriamente nos ayuda a ser más sensibles ante las personas que pasan necesidad. Sabemos que no podemos solucionar toda la indigencia que hay en la sociedad, pero sí al menos podremos saciar

⁹⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1809.

las necesidades de algunos, de esta forma la templanza nos lleva a la generosidad y esta a la magnanimidad.

La virtud de la templanza que establece un orden de prioridades en la vida de las personas, nos ayuda a descubrir que no somos la medida de todas las cosas. A pesar de todos los avances técnicos y científicos, no se han conseguido solucionar los graves problemas que afectan a la naturaleza. Es más, hemos podido comprobar cómo estos avances no siempre han mejorado la vida del hombre, sino que la ha destruido. Por el contrario, cuando no me pongo en el centro, cuando no absolutizo el yo, soy capaz de mirar mi propia vida y juzgar los acontecimientos desde Dios (cfr. *LS* 107-114).

Mediante la virtud de la templanza, el hombre ejerce ese correcto dominio sobre su propio yo y sobre el mundo que le rodea. Esto le lleva a reconocer y a respetar su propia dignidad y, en consecuencia, a respetar la dignidad de todos los seres creados. En definitiva, el hombre descubre que no vale por lo que tiene, sino por lo que es: criatura de Dios, hecho a su imagen y semejanza, redimido por Cristo para que pueda entrar en la libertad de los hijos de Dios.

“... el hombre, hecho a imagen del Creador, redimido con la sangre de Cristo y santificado por la presencia del Espíritu Santo, tiene como fin último de su vida ser ‘alabanza de la gloria’ de Dios (cfr. Ef 1, 12), haciendo así que cada una de sus acciones refleje su esplendor. ‘Conócete a ti misma, alma hermosa: tú eres la imagen de Dios — escribe san Ambrosio—. Conócete a ti mismo, hombre: tú eres la gloria de Dios (1 Co 11, 7). Escucha de qué modo eres su gloria. Dice el profeta: Tu ciencia es misteriosa para mí (Sal 138, 6), es decir: tu

majestad es más admirable en mi obra, tu sabiduría es exaltada en la mente del hombre’...”¹⁰⁰.

3. La solidaridad

“La pobreza tiene un privilegio. Es esa una disposición providencial sin la cual el amor a la belleza del mundo fácilmente entraría en contradicción con el amor al prójimo”¹⁰¹.

Una forma de vida sobria lleva a tener un corazón compasivo hacia los que menos tienen. Nos ayuda a descubrir que las causas perdidas son las que merecen la pena, porque no tienen un valor cuantificable, sino que mira a la persona en sí misma, por lo que es y no por lo que tiene. Nos hace percibir la injusta distribución de las riquezas de la tierra. Esto hace que, mientras que en unos países se pasan graves necesidades, en otros se tiran alimentos, bien porque sobran, bien porque es necesario regular los precios. Mientras que en unos países se mueren de hambre, en otros se padece problemas de salud por el exceso de alimentos.

En cierta medida, también hoy, se repite la historia de Lázaro y el rico epulón (cfr. Lc 16,19-31). La parábola es una condena contra el mal uso que se hace de las riquezas. El Señor no condena al rico por ser rico, sino porque “celebraba espléndidas fiestas”, mientras que a la puerta había un pobre mendigando. Esta forma de vida conllevaba dos cosas. Primero, el rico era esclavo de sus propios placeres. Segundo,

¹⁰⁰ Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, 10.

¹⁰¹ S. Weil, *op. cit.*, 104.

se olvidaba de Dios y del hombre. Haciendo un uso abusivo de los bienes, no los reconocía como don del Creador, en consecuencia se olvidaba del hombre que mendigaba, que como tal era la criatura predilecta de Dios, la obra de sus manos. Como escribe Ireneo de Lyon, mediante esta parábola, el Señor:

“Enseñaba primeramente que nadie ha de vivir entre delicias; los que hacen vida entre placeres de mundo y continuos banquetes sirven a sus pasiones y olvidan a Dios. ‘Había en efecto, dice, un rico que vestía púrpura y lino y gustaba de banquetes espléndidos’. De esos dijo también el Espíritu por Isaías: ‘Beben vino con música de cítaras y tímpanos y salterios y flautas’; mas no consideran las obras de Dios, ni miran las obras de sus manos”¹⁰².

La parábola, además, nos dice que uno y otro, el rico y Lázaro, recibirán la recompensa merecida a sus actos. Uno, la condenación “porque recibiste tus bienes durante tu vida” (Lc 16,25), mientras que Lázaro entraba en el seno de Abraham. Uno y otro pasarán por el Juicio de Dios, uno para la muerte, el otro para la vida. El final de uno y de otro nos enseña que Dios siempre hace justicia a sus elegidos, y el que pasó necesidad en la tierra, entra en el banquete de bodas.

“En la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (cfr. Lc 16, 19-31), Jesús ha presentado como advertencia la imagen de un alma similar, arruinada por la arrogancia y la opulencia, que ha cavado ella misma un foso infranqueable entre sí y el pobre: el foso de su cerrazón en los placeres materiales, el foso del olvido del otro y de la

¹⁰² Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* IV,2,4.

incapacidad de amar, que se transforma ahora en una sed ardiente y ya irremediable”¹⁰³.

Ahora bien, ¿significa esto que hay que esperar a otra vida para que se haga justicia en la tierra? ¿O hay que pensar entonces que el cristianismo es una religión que se interesa sólo por la salvación del alma, sin tener en cuenta la vida presente? Si esto fuera así, tendrían razón aquellos que afirman que las injusticias del mundo demuestran, o bien que Dios se desentiende del hombre, o bien que no existe. Sería además un argumento para quienes aseguran que Dios ni es bueno, ni es justo¹⁰⁴. Sin embargo, sabemos que esto no es así y hoy, más que nunca, sigue vigente el mandato del Señor: “Dadles vosotros de comer” (Mt 14,16). Estas palabras deben ser para todos los creyentes un imperativo ético, porque “eliminar el hambre en el mundo se ha convertido también en una meta que se ha de lograr para salvaguardar la paz y la estabilidad del planeta”¹⁰⁵.

Por tanto, no hay que esperar una justicia de ultratumba, sino que aquí y ahora ésta se hace realidad mediante la solidaridad entre los hombres, y es el medio para alcanzar la paz, pues igual que esta es obra de la justicia, también lo es de la solidaridad¹⁰⁶. Esto es especialmente actual a causa de la crisis migratoria que está viviendo Europa. La guerra está provocando graves injusticias en esos nuevos Lázaro. Hombres, mujeres, niños y ancianos tienen que abandonar su tierra, su hogar, a causa de los conflictos armados y de la intolerancia

¹⁰³ Benedicto XVI, *Spes salvi*, 45.

¹⁰⁴ Cfr. *Ibid.*, 42.

¹⁰⁵ Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, 27.

¹⁰⁶ Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 203.

religiosa. Cuando cerramos las fronteras, pretendiendo preservar nuestra sociedad del bienestar, ¿no estamos actuando como el rico de la parábola, dejando a Lázaro a la puerta cubierto de llagas?

Dar una respuesta solidaria a esta situación nos obliga de un modo especial, primero porque hemos recibido la creación como un don de Dios que hemos de cuidar, pero que no nos pertenece, ni es propiedad de un pueblo, nación o Estado concreto. Segundo, porque los bienes creados exigen una justa distribución de tal forma que todos los hombres tengan lo necesario para vivir con dignidad. En consecuencia, como afirma Juan Pablo II, “La crisis ecológica pone en evidencia la urgente necesidad moral de una nueva solidaridad”¹⁰⁷.

El Papa Francisco ha convocado a la Iglesia a celebrar el *Año de la Misericordia*. Esta es la mejor ocasión para que tomemos conciencia de las necesidades que tienen tantas personas a nuestro alrededor. Junto a la crisis migratoria, todavía son muchos los que están padeciendo las consecuencias de la crisis económica. No podemos acostumbrarnos a esto. No podemos mirar a otro lado como si no fuera nuestro problema, como denuncia el Papa Francisco en su *Mensaje con motivo de la Jornada Mundial de la Paz* para el año 2016. Es necesario reconocer que, aquello que poseemos, que es fruto de nuestro trabajo y esfuerzo, es también un don de Dios que tenemos que agradecer. Y cuando vivimos con agradecimiento también sabemos reconocer, en quien pasa necesidad, a alguien que tiene dignidad, que ha sido hecho a imagen y semejanza de un Dios que cuida de él por medio de nuestra solidaridad.

¹⁰⁷ Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, (1 enero 1990), 10.

“Oh hombre, imita a la tierra; produce fruto igual que ella, no sea que parezcas peor que ella, que es un ser inanimado. La tierra produce unos frutos de los que ella no ha de gozar, sino que están destinados a tu provecho... Del mismo modo que el grano de trigo, al caer en tierra, cede en provecho del que lo ha sembrado, así también el pan que tú das al pobre te proporcionará en el futuro una ganancia no pequeña... Deberías estar agradecido, contento y feliz por el honor que se te ha concedido, al no ser tú quien ha de importunar a la puerta de los demás, sino los demás quienes acuden a la tuya. Y en cambio te retraes y te haces casi inaccesible, rehúyes el encuentro con los demás, para no verte obligado a soltar ni una pequeña dádiva. Sólo sabes decir: ‘No tengo nada que dar, soy pobre’. En verdad eres pobre y privado de todo bien: pobre en amor, pobre en humanidad, pobre en confianza en Dios, pobre en esperanza eterna”¹⁰⁸.

¹⁰⁸ San Basilio, *Homilía 3 sobre la caridad*, 6: Patrología Griega 31, 266-267.275.

CONCLUSIÓN

**NO HAY PAZ, SIN UNA ECOLOGÍA
INTEGRAL**



La causa de la paz y la causa ecológica están íntimamente unidas, y no sólo porque las guerras hayan sido causa de daños medioambientales, sino porque la creación es morada de paz, lugar de encuentro entre Dios y el hombre. En la naturaleza reconocemos la mano del Creador que ha puesto los bienes creados en manos del hombre para que éste pueda llegar a su plenitud en Cristo.

“Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se manifiesta a la inteligencia a través de sus obras” (Rm 1,20). La belleza del mundo creado nos remite al Creador. Así la naturaleza pone de manifiesto la presencia de Dios en el mundo. Una presencia que acompaña al hombre y no lo abandona. En el mundo creado, el hombre encuentra un Tú con el que entra en diálogo, como canta el salmista:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra de sus manos; el día al día comunica el mensaje, la noche a la noche le pasa la noticia. Sin hablar y sin palabras, y sin voz que pueda oírse, por toda la tierra resuena su proclama, por los confines del orbe sus palabras” (Salmo 19 (18), 2-5).

La creación es un areópago que hay que preservar, donde creyentes de distintas confesiones y religiones, y no creyentes encontramos un punto de unión, porque la naturaleza es un bien común. Por ello, la defensa de la naturaleza debe llevarnos a vencer la indiferencia para construir la paz. Debemos cuidar el medio ambiente porque es aquí donde se construyen esos lazos de fraternidad que me llevan a reconocer en el otro a un hermano. Es necesario que los hombres y mujeres de buena voluntad dejemos a un lado aquello que

nos separa, la diferencias raciales, culturales, religiosas..., y nos unamos para cuidar este patrimonio común a toda la humanidad.

Esto exige al hombre, a cada uno de nosotros, usar rectamente de los bienes creados, evitando de esta forma un antropocentrismo que convierte al hombre en la medida de todas las cosas. Sin referencia al Creador, la relación del hombre con la naturaleza se pervierte, en consecuencia, el hombre se acaba convirtiendo en una enemigo para el propio hombre.

“Cuando no se reconoce en la realidad misma el valor de un pobre, de un embrión humano, de una persona con discapacidad –por poner sólo algunos ejemplos–, difícilmente se escucharán los gritos de la misma naturaleza. Todo está conectado. Si el ser humano se declara autónomo de la realidad y se constituye en dominador absoluto, la misma base de su existencia se desmorona, porque, ‘en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza’ (Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 37)” (*LS* 108).

Tampoco podemos olvidar que el cuidado del medio ambiente mira al futuro. Es necesaria, por eso, una “solidaridad intergeneracional”. No podemos caer en la trampa de pensar que otros arreglarán los problemas ecológicos que nosotros hemos provocado. Si queremos que las futuras generaciones hereden un mundo en paz, es necesario que ya desde ahora generemos una cultura de la vida, que promueva una justa distribución de los bienes, fruto de la solidaridad y de la misericordia. Como afirma el Papa Francisco: “También nosotros estamos llamados a que el amor, la compasión, la

misericordia y la solidaridad sean nuestro verdadero programa de vida, un estilo de comportamiento en nuestras relaciones de los unos con los otros”¹⁰⁹.

Al final de esta carta pastoral, quiero elevar mis ojos al Señor de cielos y tierra, que nos ha creado a su imagen y semejanza y nos ha dado la creación para que sea un lugar de encuentro con Él, donde reine la justicia, la paz y la fraternidad entre los hombres.

A quien dirige los destinos del mundo y con su mano providente cuida de sus criaturas, dirijo mis plegarias, haciendo mía la oración del Papa Clemente:

Tú has hecho patente
la ordenación eterna del universo
por medio de tus obras.

Tú, Señor, creaste el universo;
Tú, fiel en todas las generaciones,
justo en las sentencias,
admirable por tu fuerza y grandeza,
sabio al crear,
inteligente al establecer sólidamente lo que existe,
bueno con las cosas visibles,
fiel con los que han confiado en Ti,
misericordioso y compasivo,
perdónanos nuestras injusticias, faltas, pecados y errores.

No tengas en cuenta todo pecado de tus siervos y siervas,
sino purifícanos con la purificación de tu verdad
y endereza nuestros pasos
para caminar en santidad de corazón

¹⁰⁹ Francisco, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, (1 enero 2016) 5.

y hacer lo bueno y agradable
en tu presencia y en presencia de nuestros jefes.

Sí, Señor, muestra tu rostro sobre nosotros
para los bienes en la paz,
para que seamos protegidos por tu mano poderosa,
librados de todo pecado por tu excelso brazo
y nos libres de los que nos odian injustamente.

Da concordia y paz a nosotros
y a todos los que habitan la tierra,
como se la diste a nuestros padres
cuando te invocaron santamente en fe y en verdad.

Pues, Tú, Señor, rey celeste de los siglos,
das a los hijos de los hombres gloria y poder
sobre las cosas que existen en la tierra.
Tú, Señor, endereza su voluntad
hacia lo bueno y agradable en tu presencia,
con paz y mansedumbre,
el poder que les has dado,
alcance de Ti misericordia.

Tú eres el único capaz de hacer estas cosas
incluso bienes muy superiores entre nosotros;
a Ti te confesamos por medio de Jesucristo,
el sumo sacerdote y protector de nuestras almas,
por medio del cual a Ti la gloria y la magnificencia,
ahora y de generación en generación,
por los siglos de los siglos. Amén¹¹⁰.

¹¹⁰ Clemente de Roma, *Carta a los Corintios* XL-LXI.

† Juan del Río Martín
Arzobispo Castrense de España

Madrid 13 de diciembre de 2015

Jubileo Extraordinario.

Apertura de la Puerta de la

Misericordia en la Iglesia Catedral
de las Fuerzas Armadas



VENCE LA INDIFERENCIA Y CONQUISTA LA PAZ

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA CELEBRACIÓN DE LA
XLIX JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ**

- 01 DE ENERO DE 2016 -

1. Dios no es indiferente. A Dios le importa la humanidad, Dios no la abandona.

Al comienzo del nuevo año, quisiera acompañar con esta profunda convicción los mejores deseos de abundantes bendiciones y de paz, en el signo de la esperanza, para el futuro de cada hombre y cada mujer, de cada familia, pueblo y nación del mundo, así como para los Jefes de Estado y de Gobierno y de los Responsables de las religiones. Por tanto, no perdamos la esperanza de que 2016 nos encuentre a todos firme y confiadamente comprometidos, en realizar la justicia y trabajar por la paz en los diversos ámbitos. Sí, la paz es don de Dios y obra de los hombres. La paz es don de Dios, pero confiado a todos los hombres y a todas las mujeres, llamados a llevarlo a la práctica.

Custodiar las razones de la esperanza

2. Las guerras y los atentados terroristas, con sus trágicas consecuencias, los secuestros de personas, las persecuciones por motivos étnicos o religiosos, las prevaricaciones, han marcado de hecho el año pasado, de principio a fin, multiplicándose dolorosamente en muchas regiones del mundo, hasta asumir las formas de la que podría llamar una «tercera guerra mundial en fases». Pero algunos acontecimientos de los años pasados y del año apenas concluido me invitan, en la perspectiva del nuevo año, a renovar la

exhortación a no perder la esperanza en la capacidad del hombre de superar el mal, con la gracia de Dios, y a no caer en la resignación y en la indiferencia. Los acontecimientos a los que me refiero representan la capacidad de la humanidad de actuar con solidaridad, más allá de los intereses individualistas, de la apatía y de la indiferencia ante las situaciones críticas.

Quisiera recordar entre dichos acontecimientos el esfuerzo realizado para favorecer el encuentro de los líderes mundiales en el ámbito de la COP 21, con la finalidad de buscar nuevas vías para afrontar los cambios climáticos y proteger el bienestar de la Tierra, nuestra casa común. Esto nos remite a dos eventos precedentes de carácter global: La Conferencia Mundial de Addis Abeba para recoger fondos con el objetivo de un desarrollo sostenible del mundo, y la adopción por parte de las Naciones Unidas de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, con el objetivo de asegurar para ese año una existencia más digna para todos, sobre todo para las poblaciones pobres del planeta.

El año 2015 ha sido también especial para la Iglesia, al haberse celebrado el 50 aniversario de la publicación de dos documentos del Concilio Vaticano II que expresan de modo muy elocuente el sentido de solidaridad de la Iglesia con el mundo. El papa Juan XXIII, al inicio del Concilio, quiso abrir de par en par las ventanas de la Iglesia para que fuese más abierta la comunicación entre ella y el mundo. Los dos documentos, *Nostra aetate* y *Gaudium et spes*, son expresiones emblemáticas de la nueva relación de diálogo, solidaridad y acompañamiento que la Iglesia pretendía introducir en la humanidad. En la Declaración *Nostra aetate*, la Iglesia ha sido llamada a abrirse al diálogo con las expresiones religiosas no cristianas. En la Constitución

pastoral *Gaudium et spes*, desde el momento que «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo»¹, la Iglesia deseaba instaurar un diálogo con la familia humana sobre los problemas del mundo, como signo de solidaridad y de respetuoso afecto².

En esta misma perspectiva, con el Jubileo de la Misericordia, deseo invitar a la Iglesia a rezar y trabajar para que todo cristiano pueda desarrollar un corazón humilde y compasivo, capaz de anunciar y testimoniar la misericordia, de «perdonar y de dar», de abrirse «a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea», sin caer «en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye»³.

Hay muchas razones para creer en la capacidad de la humanidad que actúa conjuntamente en solidaridad, en el reconocimiento de la propia interconexión e interdependencia, preocupándose por los miembros más frágiles y la protección del bien común. Esta actitud de corresponsabilidad solidaria está en la raíz de la vocación fundamental a la fraternidad y a la vida común. La dignidad y las relaciones interpersonales nos constituyen como seres humanos, queridos por Dios a su imagen y semejanza. Como creaturas dotadas de inalienable dignidad, nosotros existimos en relación con

¹ Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 1.

² Cf. *ibid.*, 3.

³ Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia *Misericordiae vultus*, 14-15.

nuestros hermanos y hermanas, ante los que tenemos una responsabilidad y con los cuales actuamos en solidaridad. Fuera de esta relación, seríamos menos humanos. Precisamente por eso, la indiferencia representa una amenaza para la familia humana. Cuando nos encaminamos por un nuevo año, deseo invitar a todos a reconocer este hecho, para vencer la indiferencia y conquistar la paz.

Algunas formas de indiferencia

3. Es cierto que la actitud del indiferente, de quien cierra el corazón para no tomar en consideración a los otros, de quien cierra los ojos para no ver aquello que lo circunda o se evade para no ser tocado por los problemas de los demás, caracteriza una tipología humana bastante difundida y presente en cada época de la historia. Pero en nuestros días, esta tipología ha superado decididamente el ámbito individual para asumir una dimensión global y producir el fenómeno de la «globalización de la indiferencia».

La primera forma de indiferencia en la sociedad humana es la indiferencia ante Dios, de la cual brota también la indiferencia ante el prójimo y ante lo creado. Esto es uno de los graves efectos de un falso humanismo y del materialismo práctico, combinados con un pensamiento relativista y nihilista. El hombre piensa ser el autor de sí mismo, de la propia vida y de la sociedad; se siente autosuficiente; busca no sólo reemplazar a Dios, sino prescindir completamente de él. Por consiguiente, cree que no debe nada a nadie, excepto a sí mismo, y pretende tener sólo derechos⁴. Contra esta autocomprensión errónea

⁴ Cf. Benedicto XVI, Carta. enc. *Caritas in veritate*, 43.

de la persona, Benedicto XVI recordaba que ni el hombre ni su desarrollo son capaces de darse su significado último por sí mismo⁵; y, precedentemente, Pablo VI había afirmado que «no hay, pues, más que un humanismo verdadero que se abre a lo Absoluto, en el reconocimiento de una vocación, que da la idea verdadera de la vida humana»⁶.

La indiferencia ante el prójimo asume diferentes formas. Hay quien está bien informado, escucha la radio, lee los periódicos o ve programas de televisión, pero lo hace de manera frívola, casi por mera costumbre: estas personas conocen vagamente los dramas que afligen a la humanidad pero no se sienten comprometidas, no viven la compasión. Esta es la actitud de quien sabe, pero tiene la mirada, la mente y la acción dirigida hacia sí mismo. Desgraciadamente, debemos constatar que el aumento de las informaciones, propias de nuestro tiempo, no significa de por sí un aumento de atención a los problemas, si no va acompañado por una apertura de las conciencias en sentido solidario⁷. Más aún, esto puede comportar una cierta saturación que anestesia y, en cierta medida, relativiza la gravedad de los problemas. «Algunos simplemente se regodean culpando a los pobres y a los países pobres de sus propios males, con indebidas generalizaciones, y pretenden encontrar la solución en una “educación” que los tranquilice y los convierta en seres domesticados e inofensivos. Esto se vuelve todavía más irritante si los excluidos ven crecer ese cáncer social que es la corrupción profundamente arraigada

⁵ Cf. *ibíd.*, 16.

⁶ Carta. enc. *Populorum progressio*, 42.

⁷ «La sociedad cada vez más globalizada nos hace más cercanos, pero no más hermanos. La razón, por sí sola, es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundar la hermandad» (Benedicto XVI, Carta. enc. *Caritas in veritate*, 19).

en muchos países —en sus gobiernos, empresarios e instituciones—, cualquiera que sea la ideología política de los gobernantes»⁸.

La indiferencia se manifiesta en otros casos como falta de atención ante la realidad circunstante, especialmente la más lejana. Algunas personas prefieren no buscar, no informarse y viven su bienestar y su comodidad indiferentes al grito de dolor de la humanidad que sufre. Casi sin darnos cuenta, nos hemos convertido en incapaces de sentir compasión por los otros, por sus dramas; no nos interesa preocuparnos de ellos, como si aquello que les acontece fuera una responsabilidad que nos es ajena, que no nos compete⁹. «Cuando estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás (algo que Dios Padre no hace jamás), no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos, ni las injusticias que padecen... Entonces nuestro corazón cae en la indiferencia: yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien»¹⁰.

Al vivir en una casa común, no podemos dejar de interrogarnos sobre su estado de salud, como he intentado hacer en la *Laudato si'*. La contaminación de las aguas y del aire, la explotación indiscriminada de los bosques, la destrucción del ambiente, son a menudo fruto de la indiferencia del hombre respecto a los demás, porque todo está relacionado. Como también el comportamiento del hombre con los animales influye sobre sus relaciones con los demás¹¹,

⁸ Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 60.

⁹ Cf. *ibid.*, 54.

¹⁰ *Mensaje para la Cuaresma 2015*.

¹¹ Cf. Carta. enc. *Laudato si'*, 92.

por no hablar de quien se permite hacer en otra parte aquello que no osa hacer en su propia casa¹².

En estos y en otros casos, la indiferencia provoca sobre todo cerrazón y distanciamiento, y termina de este modo contribuyendo a la falta de paz con Dios, con el prójimo y con la creación.

La paz amenazada por la indiferencia globalizada

4. La indiferencia ante Dios supera la esfera íntima y espiritual de cada persona y alcanza a la esfera pública y social. Como afirmaba Benedicto XVI, «existe un vínculo íntimo entre la glorificación de Dios y la paz de los hombres sobre la tierra»¹³. En efecto, «sin una apertura a la trascendencia, el hombre cae fácilmente presa del relativismo, resultándole difícil actuar de acuerdo con la justicia y trabajar por la paz»¹⁴. El olvido y la negación de Dios, que llevan al hombre a no reconocer alguna norma por encima de sí y a tomar solamente a sí mismo como norma, han producido crueldad y violencia sin medida¹⁵.

En el plano individual y comunitario, la indiferencia ante el prójimo, hija de la indiferencia ante Dios, asume el aspecto de inercia

¹² Cf. *ibíd.*, 51.

¹³ *Discurso a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede* (7 enero 2013).

¹⁴ *Ibíd.*

¹⁵ Cf. Benedicto XVI, *Intervención durante la Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo*, Asís, 27 octubre 2011.

y despreocupación, que alimenta el persistir de situaciones de injusticia y grave desequilibrio social, los cuales, a su vez, pueden conducir a conflictos o, en todo caso, generar un clima de insatisfacción que corre el riesgo de terminar, antes o después, en violencia e inseguridad.

En este sentido la indiferencia, y la despreocupación que se deriva, constituyen una grave falta al deber que tiene cada persona de contribuir, en la medida de sus capacidades y del papel que desempeña en la sociedad, al bien común, de modo particular a la paz, que es uno de los bienes más preciosos de la humanidad¹⁶.

Cuando afecta al plano institucional, la indiferencia respecto al otro, a su dignidad, a sus derechos fundamentales y a su libertad, unida a una cultura orientada a la ganancia y al hedonismo, favorece, y a veces justifica, actuaciones y políticas que terminan por constituir amenazas a la paz. Dicha actitud de indiferencia puede llegar también a justificar algunas políticas económicas deplorables, premonitoras de injusticias, divisiones y violencias, con vistas a conseguir el bienestar propio o el de la nación. En efecto, no es raro que los proyectos económicos y políticos de los hombres tengan como objetivo conquistar o mantener el poder y la riqueza, incluso a costa de pisotear los derechos y las exigencias fundamentales de los otros. Cuando las poblaciones se ven privadas de sus derechos elementares, como el alimento, el agua, la asistencia sanitaria o el trabajo, se sienten tentadas a tomárselos por la fuerza¹⁷.

¹⁶ Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 217-237.

¹⁷ «Pero hasta que no se reviertan la exclusión y la inequidad dentro de una sociedad y entre los distintos pueblos será imposible erradicar la violencia. Se acusa de la

Además, la indiferencia respecto al ambiente natural, favoreciendo la deforestación, la contaminación y las catástrofes naturales que desarraigan comunidades enteras de su ambiente de vida, forzándolas a la precariedad y a la inseguridad, crea nuevas pobreza, nuevas situaciones de injusticia de consecuencias a menudo nefastas en términos de seguridad y de paz social. ¿Cuántas guerras ha habido y cuántas se combatirán aún a causa de la falta de recursos o para satisfacer a la insaciable demanda de recursos naturales?¹⁸

De la indiferencia a la misericordia: la conversión del corazón

5. Hace un año, en el *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* «no más esclavos, sino hermanos», me referí al primer icono bíblico de la fraternidad humana, la de Caín y Abel (cf. Gn 4,1-16), y lo hice para llamar la atención sobre el modo en que fue traicionada esta primera fraternidad. Caín y Abel son hermanos. Proviene el uno del mismo vientre, son iguales en dignidad, y creados a imagen y semejanza de Dios; pero su fraternidad creacional se rompe. «Caín, además de no soportar a su hermano Abel, lo mata por envidia

violencia a los pobres y a los pueblos pobres pero, sin igualdad de oportunidades, las diversas formas de agresión y de guerra encontrarán un caldo de cultivo que tarde o temprano provocará su explosión. Cuando la sociedad —local, nacional o mundial— abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar indefinidamente la tranquilidad. Esto no sucede solamente porque la inequidad provoca la reacción violenta de los excluidos del sistema, sino porque el sistema social y económico es injusto en su raíz. Así como el bien tiende a comunicarse, el mal consentido, que es la injusticia, tiende a expandir su potencia dañina y a socavar silenciosamente las bases de cualquier sistema político y social por más sólido que parezca» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 59).

¹⁸ Cf. Carta enc. *Laudato si'*, 31; 48.

cometiendo el primer fratricidio»¹⁹. El fratricidio se convierte en paradigma de la traición, y el rechazo por parte de Caín a la fraternidad de Abel es la primera ruptura de las relaciones de hermandad, solidaridad y respeto mutuo.

Dios interviene entonces para llamar al hombre a la responsabilidad ante su semejante, como hizo con Adán y Eva, los primeros padres, cuando rompieron la comunión con el Creador. «El Señor dijo a Caín: “¿Dónde está Abel, tu hermano? Respondió Caín: “No sé; ¿soy yo el guardián de mi hermano?”. El Señor le replicó: ¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está gritando desde el suelo”» (Gn 4,9-10).

Caín dice que no sabe lo que le ha sucedido a su hermano, dice que no es su guardián. No se siente responsable de su vida, de su suerte. No se siente implicado. Es indiferente ante su hermano, a pesar de que ambos estén unidos por el mismo origen. ¡Qué tristeza! ¡Qué drama fraterno, familiar, humano! Esta es la primera manifestación de la indiferencia entre hermanos. En cambio, Dios no es indiferente: la sangre de Abel tiene gran valor ante sus ojos y pide a Caín que rinda cuentas de ella. Por tanto, Dios se revela desde el inicio de la humanidad como Aquel que se interesa por la suerte del hombre. Cuando más tarde los hijos de Israel están bajo la esclavitud en Egipto, Dios interviene nuevamente. Dice a Moisés: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a liberarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel» (Ex 3,7-8). Es importante destacar los verbos que

¹⁹ *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* 2015, 2.

describen la intervención de Dios: Él ve, oye, conoce, baja, libera. Dios no es indiferente. Está atento y actúa.

Del mismo modo, Dios, en su Hijo Jesús, ha bajado entre los hombres, se ha encarnado y se ha mostrado solidario con la humanidad en todo, menos en el pecado. Jesús se identificaba con la humanidad: «el primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29). Él no se limitaba a enseñar a la muchedumbre, sino que se preocupaba de ella, especialmente cuando la veía hambrienta (cf. Mc 6,34-44) o desocupada (cf. Mt 20,3). Su mirada no estaba dirigida solamente a los hombres, sino también a los peces del mar, a las aves del cielo, a las plantas y a los árboles, pequeños y grandes: abrazaba a toda la creación. Ciertamente, él ve, pero no se limita a esto, puesto que toca a las personas, habla con ellas, actúa en su favor y hace el bien a quien se encuentra en necesidad. No sólo, sino que se deja conmover y llora (cf. Jn 11,33-44). Y actúa para poner fin al sufrimiento, a la tristeza, a la miseria y a la muerte.

Jesús nos enseña a ser misericordiosos como el Padre (cf. Lc 6,36). En la parábola del buen samaritano (cf. Lc 10,29-37) denuncia la omisión de ayuda frente a la urgente necesidad de los semejantes: «lo vio y pasó de largo» (cf. Lc 6,31.32). De la misma manera, mediante este ejemplo, invita a sus oyentes, y en particular a sus discípulos, a que aprendan a detenerse ante los sufrimientos de este mundo para aliviarlos, ante las heridas de los demás para curarlas, con los medios que tengan, comenzando por el propio tiempo, a pesar de tantas ocupaciones. En efecto, la indiferencia busca a menudo pretextos: el cumplimiento de los preceptos rituales, la cantidad de cosas que hay que hacer, los antagonismos que nos alejan los unos de

los otros, los prejuicios de todo tipo que nos impiden hacernos prójimo.

La misericordia es el corazón de Dios. Por ello debe ser también el corazón de todos los que se reconocen miembros de la única gran familia de sus hijos; un corazón que bate fuerte allí donde la dignidad humana —reflejo del rostro de Dios en sus creaturas— esté en juego. Jesús nos advierte: el amor a los demás —los extranjeros, los enfermos, los encarcelados, los que no tienen hogar, incluso los enemigos— es la medida con la que Dios juzgará nuestras acciones. De esto depende nuestro destino eterno. No es de extrañar que el apóstol Pablo invite a los cristianos de Roma a alegrarse con los que se alegran y a llorar con los que lloran (cf. Rm 12,15), o que aconseje a los de Corinto organizar colectas como signo de solidaridad con los miembros de la Iglesia que sufren (cf. 1 Co 16,2-3). Y san Juan escribe: «Si uno tiene bienes del mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?» (1 Jn 3,17; cf. St 2,15-16).

Por eso «es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de vuelta al Padre. La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. De este amor, que llega hasta el perdón y al don de sí, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre. En nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y

movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia»²⁰.

También nosotros estamos llamados a que el amor, la compasión, la misericordia y la solidaridad sean nuestro verdadero programa de vida, un estilo de comportamiento en nuestras relaciones de los unos con los otros²¹. Esto pide la conversión del corazón: que la gracia de Dios transforme nuestro corazón de piedra en un corazón de carne (cf. Ez 36,26), capaz de abrirse a los otros con auténtica solidaridad. Esta es mucho más que un «sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas»²². La solidaridad «es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos»²³, porque la compasión surge de la fraternidad.

Así entendida, la solidaridad constituye la actitud moral y social que mejor responde a la toma de conciencia de las heridas de nuestro tiempo y de la innegable interdependencia que aumenta cada vez más, especialmente en un mundo globalizado, entre la vida de la persona y de su comunidad en un determinado lugar, así como la de los demás hombres y mujeres del resto del mundo²⁴.

²⁰ Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia *Misericordiae vultus*, 12.

²¹ Cf. *ibid.*, 13.

²² Juan Pablo II, Carta. enc. *Sollicitudo rei socialis*, 38.

²³ *Ibid.*

²⁴ Cf. *ibid.*

Promover una cultura de solidaridad y misericordia para vencer la indiferencia

6. La solidaridad como virtud moral y actitud social, fruto de la conversión personal, exige el compromiso de todos aquellos que tienen responsabilidades educativas y formativas.

En primer lugar me dirijo a las familias, llamadas a una misión educativa primaria e imprescindible. Ellas constituyen el primer lugar en el que se viven y se transmiten los valores del amor y de la fraternidad, de la convivencia y del compartir, de la atención y del cuidado del otro. Ellas son también el ámbito privilegiado para la transmisión de la fe desde aquellos primeros simples gestos de devoción que las madres enseñan a los hijos²⁵.

Los educadores y los formadores que, en la escuela o en los diferentes centros de asociación infantil y juvenil, tienen la ardua tarea de educar a los niños y jóvenes, están llamados a tomar conciencia de que su responsabilidad tiene que ver con las dimensiones morales, espirituales y sociales de la persona. Los valores de la libertad, del respeto recíproco y de la solidaridad se transmiten desde la más tierna infancia. Dirigiéndose a los responsables de las instituciones que tienen responsabilidades educativas, Benedicto XVI afirmaba: «Que todo ambiente educativo sea un lugar de apertura al otro y a lo trascendente; lugar de diálogo, de cohesión y de escucha, en el que el joven se sienta valorado en sus propias potencialidades y riqueza interior, y aprenda a apreciar a los hermanos. Que enseñe a gustar la alegría que brota de vivir día a día la caridad y la compasión por el

²⁵ Cf. *Catequesis durante la Audiencia general* (7 enero 2015).

prójimo, y de participar activamente en la construcción de una sociedad más humana y fraterna»²⁶.

Quienes se dedican al mundo de la cultura y de los medios de comunicación social tienen también una responsabilidad en el campo de la educación y la formación, especialmente en la sociedad contemporánea, en la que el acceso a los instrumentos de formación y de comunicación está cada vez más extendido. Su cometido es sobre todo el de ponerse al servicio de la verdad y no de intereses particulares. En efecto, los medios de comunicación «no sólo informan, sino que también forman el espíritu de sus destinatarios y, por tanto, pueden dar una aportación notable a la educación de los jóvenes. Es importante tener presente que los lazos entre educación y comunicación son muy estrechos: en efecto, la educación se produce mediante la comunicación, que influye positiva o negativamente en la formación de la persona»²⁷. Quienes se ocupan de la cultura y los medios deberían también vigilar para que el modo en el que se obtienen y se difunden las informaciones sea siempre jurídicamente y moralmente lícito.

La paz: fruto de una cultura de solidaridad, misericordia y compasión

7. Conscientes de la amenaza de la globalización de la indiferencia, no podemos dejar de reconocer que, en el escenario descrito anteriormente, se dan también numerosas iniciativas y

²⁶ *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2012, 2.*

²⁷ *Ibíd.*

acciones positivas que testimonian la compasión, la misericordia y la solidaridad de las que el hombre es capaz.

Quisiera recordar algunos ejemplos de actuaciones loables, que demuestran cómo cada uno puede vencer la indiferencia si no aparta la mirada de su prójimo, y que constituyen buenas prácticas en el camino hacia una sociedad más humana.

Hay muchas organizaciones no gubernativas y asociaciones caritativas dentro de la Iglesia, y fuera de ella, cuyos miembros, con ocasión de epidemias, calamidades o conflictos armados, afrontan fatigas y peligros para cuidar a los heridos y enfermos, como también para enterrar a los difuntos. Junto a ellos, deseo mencionar a las personas y a las asociaciones que ayudan a los emigrantes que atraviesan desiertos y surcan los mares en busca de mejores condiciones de vida. Estas acciones son obras de misericordia, corporales y espirituales, sobre las que seremos juzgados al término de nuestra vida.

Me dirijo también a los periodistas y fotógrafos que informan a la opinión pública sobre las situaciones difíciles que interpelan las conciencias, y a los que se batan en defensa de los derechos humanos, sobre todo de las minorías étnicas y religiosas, de los pueblos indígenas, de las mujeres y de los niños, así como de todos aquellos que viven en condiciones de mayor vulnerabilidad. Entre ellos hay también muchos sacerdotes y misioneros que, como buenos pastores, permanecen junto a sus fieles y los sostienen a pesar de los peligros y dificultades, de modo particular durante los conflictos armados.

Además, numerosas familias, en medio de tantas dificultades laborales y sociales, se esfuerzan concretamente en educar a sus hijos «contracorriente», con tantos sacrificios, en los valores de la solidaridad, la compasión y la fraternidad. Muchas familias abren sus corazones y sus casas a quien tiene necesidad, como los refugiados y los emigrantes. Deseo agradecer particularmente a todas las personas, las familias, las parroquias, las comunidades religiosas, los monasterios y los santuarios, que han respondido rápidamente a mi llamamiento a acoger una familia de refugiados²⁸.

Por último, deseo mencionar a los jóvenes que se unen para realizar proyectos de solidaridad, y a todos aquellos que abren sus manos para ayudar al prójimo necesitado en sus ciudades, en su país o en otras regiones del mundo. Quiero agradecer y animar a todos aquellos que se trabajan en acciones de este tipo, aunque no se les dé publicidad: su hambre y sed de justicia será saciada, su misericordia hará que encuentren misericordia y, como trabajadores de la paz, serán llamados hijos de Dios (cf. Mt 5,6-9).

La paz en el signo del Jubileo de la Misericordia

8. En el espíritu del Jubileo de la Misericordia, cada uno está llamado a reconocer cómo se manifiesta la indiferencia en la propia vida, y a adoptar un compromiso concreto para contribuir a mejorar la realidad donde vive, a partir de la propia familia, de su vecindario o el ambiente de trabajo.

²⁸ Cf. *Ángelus* (6 septiembre 2015).

Los Estados están llamados también a hacer gestos concretos, actos de valentía para con las personas más frágiles de su sociedad, como los encarcelados, los emigrantes, los desempleados y los enfermos.

Por lo que se refiere a los detenidos, en muchos casos es urgente que se adopten medidas concretas para mejorar las condiciones de vida en las cárceles, con una atención especial para quienes están detenidos en espera de juicio²⁹, teniendo en cuenta la finalidad reeducativa de la sanción penal y evaluando la posibilidad de introducir en las legislaciones nacionales penas alternativas a la prisión. En este contexto, deseo renovar el llamamiento a las autoridades estatales para abolir la pena de muerte allí donde está todavía en vigor, y considerar la posibilidad de una amnistía.

Respecto a los emigrantes, quisiera dirigir una invitación a repensar las legislaciones sobre los emigrantes, para que estén inspiradas en la voluntad de acogida, en el respeto de los recíprocos deberes y responsabilidades, y puedan facilitar la integración de los emigrantes. En esta perspectiva, se debería prestar una atención especial a las condiciones de residencia de los emigrantes, recordando que la clandestinidad corre el riesgo de arrastrarles a la criminalidad.

Deseo, además, en este Año jubilar, formular un llamamiento urgente a los responsables de los Estados para hacer gestos concretos en favor de nuestros hermanos y hermanas que sufren por la falta de trabajo, tierra y techo. Pienso en la creación de puestos de trabajo digno para afrontar la herida social de la desocupación, que afecta a

²⁹ Cf. *Discurso a una delegación de la Asociación internacional de derecho penal* (23 octubre 2014).

un gran número de familias y de jóvenes y tiene consecuencias gravísimas sobre toda la sociedad. La falta de trabajo incide gravemente en el sentido de dignidad y en la esperanza, y puede ser compensada sólo parcialmente por los subsidios, si bien necesarios, destinados a los desempleados y a sus familias. Una atención especial debería ser dedicada a las mujeres —desgraciadamente todavía discriminadas en el campo del trabajo— y a algunas categorías de trabajadores, cuyas condiciones son precarias o peligrosas y cuyas retribuciones no son adecuadas a la importancia de su misión social.

Por último, quisiera invitar a realizar acciones eficaces para mejorar las condiciones de vida de los enfermos, garantizando a todos el acceso a los tratamientos médicos y a los medicamentos indispensables para la vida, incluida la posibilidad de atención domiciliaria.

Los responsables de los Estados, dirigiendo la mirada más allá de las propias fronteras, también están llamados e invitados a renovar sus relaciones con otros pueblos, permitiendo a todos una efectiva participación e inclusión en la vida de la comunidad internacional, para que se llegue a la fraternidad también dentro de la familia de las naciones.

En esta perspectiva, deseo dirigir un triple llamamiento para que se evite arrastrar a otros pueblos a conflictos o guerras que destruyen no sólo las riquezas materiales, culturales y sociales, sino también —y por mucho tiempo— la integridad moral y espiritual; para abolir o gestionar de manera sostenible la deuda internacional de los Estados más pobres; para la adoptar políticas de cooperación que, más que doblegarse a las dictaduras de algunas ideologías, sean respetuosas

de los valores de las poblaciones locales y que, en cualquier caso, no perjudiquen el derecho fundamental e inalienable de los niños por nacer.

Confío estas reflexiones, junto con los mejores deseos para el nuevo año, a la intercesión de María Santísima, Madre atenta a las necesidades de la humanidad, para que nos obtenga de su Hijo Jesús, Príncipe de la Paz, el cumplimiento de nuestras súplicas y la bendición de nuestro compromiso cotidiano en favor de un mundo fraterno y solidario.

Vaticano, 8 de diciembre de 2015

Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen

María

Apertura del Jubileo Extraordinario de la Misericordia

FRANCISCO

